

SPENCER TRACY
CLAIRE TREVOR
HENRY B. WALTHALL



LA NAVE DE SATAN

ediciones Istaghe

COMP
saix de
morales



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

LA NAVE DE SATAN

Dramático y magnífico asunto, de profunda moraleja

Dirigido por

HARRY LACHMAN

Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

Valencia, 280 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

18 Diciembre 1935

PRINCIPALES INTERPRETES:

Spencer Tracy
Claire Trevor
Henry P. Walthall
Alan Dinehart

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

La nave de Satán

Argumento de la película

PROLOGO

Hacia unas horas que el trasatlántico había abandonado el último puerto. La noche se presentaba espléndida, y aprovechando esta circunstancia, muchos de los pasajeros se habían apresurado a abandonar sus camarotes para subir a cubierta esperando la hora de la cena.

Pertenecían a este mundo privilegiado que llena las clases de lujo de los grandes trasatlánticos. Hombres y mujeres vestidos con elegancia, ellas con sus trajes de noche, escotados y suntuosos, cargados de joyas, bellas todas, con una belleza ficticia, de muñecas de lujo; ellos con su frac impecable, con su pechera reluciente y su eter-

na sonrisa displicente de hombres mundanos y aburridos. Surcaban los mares paseando su tedio por el mundo entero a la caza de emociones nuevas.

Un grupo de estos elegantes expresó de pronto su deseo de visitar el cuarto de máquinas. Sentían curiosidad para saber cómo se desenvolvía la vida en el buque, más allá de su mundo, aquel mundo dorado y un poco insulso en el que vivían.

—Les advierto que no es un sitio a propósito para ser visitado con este vestuario—objetó el oficial que se había brindado a acompañarles.

Las mujeres rieron de buena gana. ¿Qué les importaba aquello? Su

curiosidad era en aquel momento muchísimo más fuerte que el temor a ensuciarse sus lindas *toilettes*.

Mientras tanto, allá abajo, en las entrañas del buque, unos hombres sudorosos y ennegrecidos, se preparaban a celebrar una de aquellas amistosas apuestas a las que eran tan aficionados y con las que acostumbaban *matar el tiempo*, en una forma, por cierto, muy distinta de la de aquellos elegantes despreocupados que se disponían a visitarles. Es decir, trabajando como fieras. Sin el auxilio de sus brazos hercúleos, sin la callada y continua colaboración de aquellos fogoneros sudorosos, que con el torso desnudo iban echando paletadas de carbón a aquel insaciable Moloch de las calderas, proporcionándole el combustible necesario para mover el complicado engranaje de las máquinas que ponían en movimiento el barco, haciendo que surcase los mares soberbio y majestuoso, la inmensa nave, con toda su potencia, se habría visto obligada a detenerse.

—¿Listos, muchachos? —inquirió uno de aquellos hombres, el único que iba enteramente vestido y no trabajaba. Llevaba el brazo

en cabestrillo y a esto se debía seguramente el que permaneciese ocioso en aquel sitio destinado al trabajo.

—¡Listos! —exclamaron dos de sus compañeros, que con las palas llenas de carbón esperaban a que aquél les diera la señal convenida.

El árbitro hizo sonar un gong improvisado en una plancha de acero y entonces los dos fogoneros empezaron a acarrear febrilmente carbón, echándolo en los hornos.

Reloj en mano, el árbitro de aquella amistosa contienda dejó transcurrir un minuto, al cabo del cual hizo sonar nuevamente el gong dando por terminado el pugilato. Se levantó y acercándose a uno de los dos contendientes le dió un amistoso golpecito en la espalda.

—¡Bravo, muchacho! Has ganado por siete paletadas.

Se volvió hacia el vencido.

—Has perdido, Mike. Me debes veinticinco centavos.

Mike se resignó refunfuñando. Sentía más la pérdida de la apuesta que la pérdida de los veinticinco centavos. Sacó el dinero y se lo alargó al árbitro, quien, en lugar de entregárselo al vencedor, se

apresuró a hacerlos desaparecer en el fondo de sus mugrientos bolsillos.

—¡Eh! —protestó entonces su compañero—. ¿Qué es eso? ¿Yo trabajando y tú quedándote con el dinero?

El árbitro sonrió.

—Para ti es la gloria del campeonato—repuso con una frescura inaudita.

El otro se mordió los labios.

—¿Y para ti el dinero, eh? ¡Si no fuese por eso!—le dijo señalándole el brazo en cabestrillo—. ¡Si no pensara que no puedes defenderte te arreaba ahora mismo un puñetazo!

La amenaza no pareció atemorizar demasiado a su compañero, porque soltando una estentórea carcajada aceptó:

—Si quieres, ahora mismo podemos medir nuestras fuerzas. No has gas caso de mi brazo; está tan sano como el tuyo. Ha sido una excusa para sacudirme el trabajo.

Hacía cinco minutos que los elegantes curiosos de cubierta habían descendido al cuarto de máquinas. Llegados a lo alto de la escalerilla que conducía a los hornos y a las calderas se detuvieron para presen-

ciar el pugilato entablado entre aquellos dos fogoneros que tenían fama de ser los más fuertes y los más rápidos. Con ellos iba el oficial que había accedido a acompañarles hasta allí. Ninguno de los fogoneros ni los maquinistas se había dado cuenta de su presencia. Fué necesario que una de las mujeres, al oír de boca de uno de ellos el truco de que se valía para sacudirse el trabajo, soltara una fuerte carcajada, para que todos aquellos hombres levantara la vista y descubrieran aquel grupo de curiosos.

Entonces el oficial descendió rápidamente la escalerilla, se cuadró ante el desaprensivo fogonero y recalcando las palabras, le dijo con enojo:

—Jim Carter, su frescura es sencillamente inaudita, pero esta vez no ha de valerle. Primero fué el dolor en la espalda, luego en el pie, ahora en el brazo. Prepárese a desembarcar en el primer puerto. Aquí no queremos *inválidos*.

Jim Carter se encogió de hombros despectivamente.

—Tenía intención de hacerlo, por lo tanto, me evita usted la molestia de comunicárselo—repuso cínicamente.

—Está bien—aceptó el oficial—. Pero, mientras tanto, hágame el obsequio de *curarse* y ponerse a trabajar en seguida... sin apuestas de ninguna clase.

Se oyó la voz de una de aquellas mujeres, que desde lo alto de la escalerilla seguían presenciando el divertido espectáculo.

—¡Eso no tiene precio!—exclamó palmoteando—. ¡Es divertidísimo!

Y entonces, aquel mocetón fornido, que respondía al nombre de Jim Carter y que acababa de contestar tan despectivamente a las amonestaciones del oficial, miró descaradamente al grupo de elegantes. Por sus ojos pequeños y ex-

presivos pasó un relámpago de ira; su boca se contrajo en una mueca de desprecio. Habló, pero fué para revelar una vez más su insolencia.

—Algún día—dijo con arrogancia—estaré arriba riéndome con vosotros.

Las mujeres volvieron a reír, y tal vez una de ellas, fijándose en las anchas espaldas de aquel hombre, en su rostro basto, pero simpático, en su audacia y cinismo poco comunes, y comparando todo aquello con la figura impecable de los jóvenes que las acompañaban, pensó que si algún día aquel hombre llegaba a ocupar un sitio a su lado, en lugar de los otros, nada habría perdido en el cambio.

EL APOSTOL

El oficial cumplió su palabra. Unos días después, Jim, desembarcado en el primer puerto que tocó el barco después de descubierto su truco, deambulaba sin rumbo fijo por un parque de atracciones. Un

anuncio en el que se requería un hombre para esquivar las pelotas en una barraca de pim-pam-pum, atrajo su atención. Cinco minutos después, su cara, embadurnada de negro asomaba por un agujero,

presta a burlar los *blancos* que los jugadores intentaran hacer sobre su cabeza.

Pero estaba escrito que la suerte no debía acompañarle en aquellas sus primeras andanzas por tierra firme. No habían transcurrido ni diez minutos, cuando una pelota lanzada certeramente por un tirador experto vino a darle en un ojo. Jim retiró su cabeza inmediatamente, quejándose de la violencia del pelotazo y al oír que el tirador y sus compañeros reían a carcajadas celebrando su hazaña, gruñó con rabia:

—¡Reíd, reíd, hienas! Reirá mejor quien ría el último.

Aquella risa cruel le estaba haciendo más daño que el pelotazo.

Se volvió airado contra el propietario de aquel entretenimiento.

—Deme usted el dinero que me adeuda—conminó—. No quiero seguir trabajando en eso.

—¿Dinero? —gruñó el dueño malhumorado—. ¿Por cinco minutos de trabajo? ¡Está usted fresco! ¡Si no sirve para esquivar los golpes vale más que se ponga en una vitrina!

Jim se mordió los labios con rabia. De él no se burlaba ningún

propietario de una barraca de feria. Le cogió por el cogote y haciéndole asomar la cabeza por el agujero que él había dejado vacante un momento antes, le dijo, mientras le mantenía allí sujeto:

—¡Pruebe usted, pruebe usted, idiota, y verá lo que es bueno!

Y en los cuatro o cinco pelotazos que cayeron sobre su rostro halló el propietario el castigo merecido.

Salió de allí Jim Carter despotricando como siempre. Llevaba el rostro todavía embadurnado de negro, el dolor del ojo iba creciendo por momentos... y el bolsillo tan vacío como antes de haber recibido el golpe. No es de extrañar, pues, que todo su mal humor se deshiciera en improperios contra todo lo creado, contra su perra suerte, contra la gente que pululaba por el parque, y, sobre todo, por encima de todo, contra el dueño del pim-pam-pum.

En aquel estado de ánimo fué a sentarse en un puesto de comidas, cuyo propietario, italiano, conocía el secreto de preparar unos guisos sabrosísimos por muy poco dinero. Al ver llegar a Jim con el ojo morado, el rostro a medio desteñir y

con una cara de pocos amigos capaz de asustar a un guardia, comprendió en seguida que no sería un cliente codiciable.

—¿Qué desea usted? —le preguntó despectivamente.

Jim se encogió de hombros. Lo que él quería era comer, y lo mismo le daba una cosa que otra.

—Deme usted un poco de carne —pidió finalmente.

El italiano comprendió que lo que necesitaba Jim para su ojo amoratado era carne cruda para refrescarse el golpe y le dió un pedazo.

—Son veinte centavos —añadió el propietario alargándole la mano.

Jim volvió a encogerse de hombros.

—No tengo ni uno—contestó flemático.

—¿Conque no quiere usted pagarme?—dijo el buen hombre indignadísimo—. ¡Vaya! Basta de bromas. Vergan los veinte centavos o llamo a los guardias.

Por toda respuesta Jim soltó un bufido. El italiano puso entonces el grito en el cielo en su idioma, jurando y perjurando que iba a salir en busca de los guardias, pero sin abandonar su puesto. La cosa ha-

bría terminado seguramente como el rosario de la aurora si una tercera persona que se hallaba en aquel momento al lado de Jim Carter bebiendo un vaso de leche no hubiese intervenido.

—Un momento, Bepp—dijo dirigiéndose al indignado propietario. —Toma eso.

Le alargó los veinte centavos, importe de la consumición del *insolvente* y pagó al mismo tiempo la suya.

Jim Carter, se quedó mirando a su protector improvisado. Su rostro reflejaba tal sorpresa que aquél no pudo menos de sonreírse.

Era un hombre de unos cincuenta y cinco a sesenta años, más bien bajo, cuyo rostro pálido y delgado reflejaba una serenidad y una bondad acusadísimas. Tenía el pelo completamente blanco y lo llevaba un poco largo y echado hacia atrás, como una melena. Lo que más atrajo la admiración de Jim Carter fué la dulce expresión de sus ojos azules. Su mirada suave y serena no parecía en verdad la de un hombre, por lo menos la de un hombre como aquellos que él había conocido y tratado hasta entonces. Parecía un apóstol. ¡Sí, sí! Un apóstol co-

mo aquellos de las estampas que él había visto en su niñez y que tenía casi olvidados. La aparición de aquel hombre en un parque de atracciones y su generosa intervención pagando su deuda, no podía menos de sorprenderle.

El desconocido se apartó de allí, confundiéndose con los visitantes del parque de atracciones y Jim le siguió, deteniéndole al fin, para darle las gracias por su generosidad.

El "apóstol" sonrió.

—No tiene importancia. He cumplido con un deber humanitario. Pero ¿de veras no tenía usted dinero? ¿Acaso ha perdido su empleo?

Jim le señaló el ojo.

—No sólo he perdido mi empleo sino que me han puesto un ojo a la funerale—se lamentó—. ¡Maldita suerte la mía!

El buen hombre volvió a sonreírse.

—Un empleo como ése no era el que le convenía—arguyó—. Ya veremos si logro encontrarle algo.

—¿Y usted qué hace? —inquirió Jim—. ¿A qué se debe su presencia en este parque?

Andando andando por entre el dédalo de barracas y paseos habían

llegado frente a un gran barracón, en cuya entrada se leía con letras grandes:

EL INFIERNO DE DANTE

—Soy el propietario de esta atracción —repuso el interrogado sonriendo y enseñándole el letrero.

—¿Y qué es eso?—inquirió Jim.

—“El Infierno de Dante”. ¿No lo conoce?

Y como Jim hiciera un gesto vago como diciendo “ni ganas”, el hombre continuó:

—Aquí dentro se aprende a temer el infierno.

Jim se rascó la cabeza, miró atentamente al viejo con sus ojos burlones y penetrantes y luego comentó:

—Un buen lugar para mí. No el infierno, ¿eh? sino su barraca.

—Entre usted conmigo y le curaré el golpe—invitó el propietario.

Entraron. Jim paseó una mirada sorprendida y admirada por el recinto. Verdaderamente, el aspecto de aquel “infierno” no podía ser más tétrico. No se veían llamas por ninguna parte, pero era como una gruta lúgubre y misteriosa, alumbrada solamente a la indecisa luz

de unos candelabros. Se detuvieron ante la reproducción de un cuadro muy conocido, pero que los ojos de Jim no habían visto nunca.

—¿Quién es esa señora tan ligera de ropa?—inquirió el ex fogonero.

—Es Cleopatra, la sensual reina de Egipto. La que enloqueció a Marco Antonio.

—Conque a Marco Antonio, ¿eh?—comentó Jim que no tenía la menor idea de quién pudiera ser aquel sujeto—. ¡Bah! No es gran cosa. Las he visto mucho mejores en Singapore.

Señaló entonces un busto de hombre.

—¿Quién es ese señor tan feo?

Aquel señor tan feo era nada menos que el Dante, y así se lo hizo saber el dueño de aquel lugar a su visitante, pero como Jim Carter no había leído nunca la Divina Comedia ni siquiera había oído hablar de ella se quedó tan enterado como antes.

—¿Qué hizo este señor?—siguió inquiriendo cada vez más interesado.

—El Dante ha sido el gran poeta de todos los tiempos. Fué él quien

describió el infierno en su inmortal poema.

—¿Y este que está a su lado vestido con la túnica?

—Es Virgilio, el que guió a Dante a través del infierno.

—No les alabo el gusto—murmuró Jim entre dientes.

Se detuvo sorprendido ante un cuadro de una mujer llevando en una bandeja la cabeza de un hombre.

—¿Y esa mujer? ¿Quién es esa mujer?—inquirió.

—Esta mujer es Salomé, la hija de Herodías, que hizo cortar la cabeza de San Juan Bautista porque estaba enamorada de él y no podía conseguir su amor—siguió ilustrando su compañero.

—De manera que perdió la cabeza por una mujer, ¿eh? Ni más ni menos que los hombres de ahora.

Las respuestas ocurrentes de Jim parecían divertir mucho al dueño de todo aquello, que le miraba sonriendo, mientras iba explicándole el significado de cada uno de los cuadros y objetos de aquel museo dantesco.

Jim se detuvo embelesado ante otro cuadro representando la efigie

de un hombre alto y fuerte, de anchos hombros y cara un poco dura, un hombre, en fin, “de pelo en pecho”, como, según su particular opinión, debían ser todos los hombres.

—¿Quién es este sujeto?—preguntó dirigiéndose a su acompañante.

—Es Alejandro el Grande, el hombre que lloró porque quería conquistar el mundo.

Jim soltó una carcajada.

—¡Y pensar que yo estoy llorando porque me han dado un golpe en el ojo!—comentó humorísticamente mientras se secaba las lágrimas que caían de su ojo enfermo.

Aquellas palabras parecieron volver a la realidad al simpático anciano, que abstraído en su museo parecía haberse olvidado enteramente de lo que había traído allí a su joven visitante.

—¡Qué egoísmo el mío!—deploró—. Usted doliéndose y yo enseñándole todas esas cosas que tal vez no le interesen.

Un minuto después, Jim, restituido por medio de un lavado a su dignidad de hombre blanco, y curado su golpe, que había desgarrado

un poco la piel a la altura de la ceja, estrechaba efusivamente la mano que su amable protector le tendía en ademán de despedida.

—¡Magnífico!—elogió—. Me ha curado usted sin sentirme. Debí haberse dedicado a la medicina. Se habría hecho rico.

El anciano sonrió dulcemente.

—El dinero no me interesa—arguyó.

Jim le miró sorprendido.

—¿Dice usted que el dinero no le interesa? ¡Si no lo oigo no lo creo! Entonces, ¿qué es lo que puede interesarle en la vida?

El anciano hizo una pausa que aprovechó para observar a su compañero. Aquel mocetón fornido e ignorante, pero dotado de una simpatía extrema, le agradaba extraordinariamente.

—Prefiero contribuir a hacer la felicidad de mis semejantes en la escasa medida de mis fuerzas—dijo al fin—. Dar, resulta para mí un placer mucho más grande que recibir.

—Algo parecido me sucede a mí con los puñetazos. Prefiero repartir un centenar a recibir un solo golpe.

El anciano soltó una carcajada.

Aquella curiosa manera de interpretar sus teorías no estaba, después de todo, desprovista de lógica.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de despedirse—anunció Jim.

—Gracias por todo, señor...

—Pop Mc Wade, este es mi nombre.

—Entonces, gracias, señor Pop Mc Wade. No olvidaré su nombre mientras viva... ni tampoco esta agradabilísima visita al infierno. Yo me llamo Jim Carter. Si alguna vez me necesita no tiene que hacer más que avisarme. Tenga la seguridad de que acudiré inmediatamente; yo no soy un hombre desagradecido, se lo aseguro, un poco bruto tal vez, pero aquí dentro...—dijo señalándose la región del corazón—, aquí dentro hay algo.

Iba a salir, pero se detuvo al oír la voz del anciano que le preguntaba:

—¿A qué dirección he de llamarle?

Jim se rascó la cabeza. Era su gesto favorito cuando se hallaba perplejo.

—¡Toma, pues me había olvidado de que no tengo dirección fi-

ja, mejor dicho, en este momento no tengo ninguna!

Volvió a acercarse a Pop Mc Wade, le miró entristecido como pidiéndole disculpa y entonces oyó la voz dulce de su compañero que le decía:

—¿Por qué no se queda usted a trabajar aquí? Poco puedo ofrecerle, pero, por el momento, en espera de algo mejor, siempre tendrá usted un techo bajo el cual cobijarse y un plato de sopa en la mesa.

—¿Habla usted en serio? ¡Me quedo entonces, señor Mc Wade, me quedo! ¡Este infierno es un paraíso! Mire usted, "Pop". Yo soy un hombre rudo y franco. Lo que tengo en el corazón tengo en la boca, y Dios sabe que esta franqueza mía me ha traído más de un disgusto serio. Pues bien, si yo le digo que me ha sido usted simpático y que me quedo aquí con mucho gusto, puede usted creerlo a ojos cerrados. Es la primera vez que me tropiezo en la vida con un hombre como usted, ¿comprende? Todos mis amigos han sido siempre fogoneros, maquinistas, gente de mar, tan brutos como yo, más, si es posible. Usted es diferente de todos y...

¡nada, señor Pop, nada, que me quedo en el infierno!

—Voy a prepararme para la primera tanda de exhibiciones—dijo Mc Wade al cabo de un rato—. Haga usted como si estuviera en su casa... Le dejo a usted dueño del infierno.

Desapareció el anciano por una puerta que ponía en comunicación la atracción con sus habitaciones particulares y Jim Carter quedó, en efecto, dueño del cotarro.

De todo aquel conjunto de cuadros, esculturas, cacharros, armas, etc., que decoraban el interesante museo, lo que más había logrado atraer su atención había sido el retrato de Alejandro el Grande. Se acercó a él para poder inspeccionarlo detenidamente. Junto al cuadro había una mesa sobre la cual podían verse un casco, imitación del que usara el famoso personaje, una espada y una cuerda, simulando el no menos famoso Nudo Gordiano de la historia.

Jim cogió el casco con sus fuertes manazas, se lo colocó en la cabeza un poco ladeado, empuñó la espada y colocándola al lado de la efigie del guerrero famoso, adoptó su misma actitud belicosa, al

mismo tiempo que le decía muy convencido:

—¿Verdad que tú y yo nos parecemos?

—Si no fuera por el ojo serían ustedes iguales—repuso una voz femenina allí cerca—. Parecen hermanos gemelos.

Jim Carter miró a su alrededor asombrado. ¿Quién era la persona que así osaba burlarse de tan temible guerrero?

El joven no tardó en descubrirla. Era una mujer, una mujer joven, rubia como las candelas, vestida sencillamente, y bonita, ¡muy bonita!, mucho más que todas aquellas mujeres que él había visto en Singapore y que, según él, podían hacerle la competencia a Cleopatra.

Jim sonrió, con su ancha sonrisa de hombre rudo e ingenuo al mismo tiempo. Le hizo un gesto invitándola a que se acercara, y cuando la hermosa desconocida estuvo junto a él le dijo, señalándole el retrato con gran suficiencia:

—Este señor se llamó Alejandro el Grande, quiso conquistar el mundo y después de lograr su empeño se echó a llorar como una señorita. ¿Qué le parece?

—Que fué muy desgraciado — repuso ella sonriendo.

El cuadro representaba a Alejandro en el momento de cortar el célebre Nudo Gordiano, pero aquel detalle, como muchos de la Historia, le era completamente desconocido al ex fogonero. No tuvo reparo, pues, en revelar su ignorancia preguntándose a la gentil recién llegada.

—¿Podría usted decirme qué significa esta cuerda y este nudo tan complicado?

La joven sonrió, mostrando sus dientes blancos e iguales.

—Significa el Nudo Gordiano.

—¿El Nudo Gordiano? ¿Y qué es eso?

—El Nudo Gordiano fué un nudo que nadie podía cortar ni deshacer.

—¡Ah! ¡Ya comprendo! Y vino Alejandro el Grande y en un abrir y cerrar los ojos lo tuvo desatado, ¿no es eso?

—Eso es.

—¡Vaya con Alejandro! — comentó Jim satisfecho—. El y yo somos enteramente iguales, ahora me convenzo: yo también conquistaría el mundo... con la misma facilidad que él desató el nudo, si me die-

ran los medios para hacerlo.

En aquel momento apareció de nuevo Pop Mc Wade, quien, dirigiéndose a la joven, le dijo cariñosamente:

—Betty, es hora de que nos preparemos para el trabajo.

Betty se volvió entonces hacia Mac Wade y le dió un beso.

—Es mi tío—aclaró dirigiéndose hacia el hermano gemelo de Alejandro, o sea Jim Carter—. Yo soy la encargada de vender los billetes. Me parece que hoy haremos una buena entrada. La escollera y el parque están llenos de gente.

Un cuarto de hora después, la joven, sentada en la taquilla, esperaba a que cayesen los espectadores, entreteniéndose en hacer una labor de media. Su tío, a la entrada del "Infierno" trataba, con su voz dulce y persuasiva, de echar un discursito a los distraídos pasantes, intentando inútilmente atraer su atención.

—El "Infierno" les enseñará a ustedes a ser mejores. Les mostraré la inutilidad de...

—La inutilidad de que te molestes en seguir perorando—pensaba Jim para sus adentros mientras observaba el incesante ir y venir de la

gente que ni siquiera se fijaba en la venerable figura del anciano. Una pareja se detuvo, permaneció unos instantes escuchando distraídamente las palabras sensatas y llenas de enseñanzas del dueño del "Infierno", propias para un púlpito, pero no para aquel lugar de recreo, y como el hombre estuviera dudando entre adquirir o no un par de entradas, la mujer que le acompañaba le cogió por el brazo diciéndole:

—¡Oh, no entremos aquí! ¡Este "Infierno" debe ser muy aburrido! ¡Vamos a algún salón de baile!

Jim se acercó entonces a la rubia Betty.

—¿Es que alguien pasa por la taquilla alguna vez?—inquirió.

La joven hizo un gesto vago.

—Hay que reconocer que este espectáculo no resulta muy divertido—aceptó resignada.

Jim se volvió entonces hacia el anciano.

—¿Me permite que le anuncie el espectáculo?—insinuó.

Y antes de que Pop hubiera podido darle una respuesta afirmativa, ya el joven, audaz y decidido, se había colocado delante de él, cubriéndole con su cuerpo, y hacien-

do bocina con la boca, empezó a gritar con todos sus pulmones:

—¡Señoras y caballeros! ¡Aquí, aquí, la octava maravilla del mundo! ¡El acabóse de los espectáculos fantásticos! ¡El Infierno de Dante redivivo! ¡Hombres y mujeres quemándose vivos, retorciéndose de dolor, gritando desesperadamente! ¡Un espectáculo único, fantástico, soberbio, maravilloso! ¡Todo por diez centavos solamente! ¿Han visto ustedes nada semejante?

Se inclinó hacia la asustada Betty, que le miraba con sus hermosos ojos desorbitados por la sorpresa.

—¿Quién fué la *individua* que le sorbió el seso a César?—inquirió.

—Cleopatra, pero no fué al César, sino a Marco Antonio a quien volvió loco—aclaró la interrogada.

—¡Cleopatra! —volvió a gritar entonces el anunciador improvisado—. ¡Cleopatra! ¡La sensual reina de Egipto, que volvió loco a Marco Antonio y murió de mala manera!

Volvió a fallarle la memoria, y otra vez hubo de inclinarse para solicitar la ayuda de la joven.

—¿Cómo se llama la señora esa

que mandó cortar la cabeza a San Juan Bautista?

—¡Salomé!

—¡Salomé! ¡La gran pecadora, cuya historia conocéis, la de la danza de los siete velos, la mujer que hizo andar de coronilla a todos los hombres de su época! ¡La mujer tenebrosa, la, la!...

Hizo una corta pausa. El tiempo justo para tomar resuello y lanzarse nuevamente al ataque, después de haberse cerciorado de que una multitud cada vez más numerosa se había parado frente a él y le estaba escuchando con la boca abierta.

—¡Esta es la mía!—se dijo para sí al ver la atención casi religiosa con que era escuchado.

Y volviéndose hacia el infeliz Mc Wade, que mudo de estupor no se había atrevido a rechistar siquiera, anunció solemnemente, señalándole con el dedo:

—El profesor Dante, el insigne abate italiano os conducirá a través de este infierno espantoso. ¡Entrad, entrad! y prepararos para vuestra vida futura con la visión de este espectáculo edificante.

No contento con todo eso se apoderó de una calavera que el tío de

Betty acostumbraba colocar junto a la taquilla para ayudar a meditar sobre el más allá a los ingenuos oyentes, y mostrándola a la asombrada admiración de los espectadores afirmó, con una desfachatez inaudita:

—¡Esta calavera que aquí veis es la de Marco Antonio, la legítima, la única!

Al oír aquella barbaridad tan grande, un vejete que se hallaba en la primera fila de curiosos se creyó obligado a intervenir.

—Perdone usted —dijo—, pero me parece que nos está usted tomando el pelo queriendo hacer pasar gato por liebre. Esta calavera no puede en ningún modo ser la calavera de Marco Antonio por la sencilla razón de que es la calavera de un niño.

Jim Carter permaneció un momento perplejo, un momento tan sólo, porque rehaciéndose en seguida y dirigiéndose al vejete le dijo amablemente:

—Tiene usted razón, señor. Esta calavera es la de Marco Antonio... cuando era niño.

Afortunadamente para Jim, los oyentes habían ya dejado de escucharle para apolonarse junto a la

taquilla deseosos de adquirir su entrada, con gran regocijo de la linda taquillera, que se multiplicaba para atenderlos. Las barrabasadas salidas de la boca de Jim Carter habían logrado lo que nunca pudieron conseguir las palabras sensatas y razonadoras del anciano, llenas de enseñanzas cristianas. Hacer que se agotara el taquillaje.

Mc Wade se acercó temblando al audaz "speaker", le echó una mirada implorante al mismo tiempo que preguntaba en voz baja:

—¿Y qué haré yo ahora con toda esa gente? ¿Cómo voy a poder mostrarles todas esas cosas que usted les ha prometido?

Jim le hizo un guiño malicioso.

—No se preocupe por eso—dijo tranquilizándole—. Yo me encargo de meterlos en el infierno y usted se encarga de echarlos.

—Pero... — intentó objetar el buen hombre cuyo espíritu de rectitud y honradez no se avenía con aquel engaño del que pretendían hacer víctimas a unos incautos oyentes.

Jim, por toda respuesta, le propinó un cariñoso empujón obligándole a entrar en la gruta, pero como viera que el buen hombre volvía

a sacar la cabeza asustado, intentando retroceder, advirtió:

—Si no los mete usted los meteré yo, aunque sea a viva fuerza. No se preocupe. ¿Es que no les hemos prometido el infierno? Pues bien, si no lo ven ahora tal vez lo vean más tarde, cuando se mueran. ¡Ande, ande, vaya usted con ellos, que le están esperando!

El bueno de Mc Wade obedeció, más muerto que vivo. ¿Qué dirían aquellas gentes al ver su museo, propio para causar la delicia de un reducido número de inteligentes, identificados con la inmortal obra de Dante, pero no para satisfacer la curiosidad morbosa de aquellos espectadores improvisados, que habían entrado allí con la esperanza de "ver quemar vivos a unos cuantos condenados"?

Cuando el buen anciano hubo desaparecido junto con los espectadores, Betty se volvió hacia Jim Carter.

—Ha logrado usted un prodigio —elogió—; nunca habíamos conseguido despachar todas las entradas como ha sucedido ahora, gracias a sus discursos.

Jim sonrió con suficiencia.

—Adonde no consiga llegar yo

no llegará nadie — repuso—. Le advierto a usted que la modestia no se ha contado jamás entre mis virtudes.

Se apoderó de la labor que la joven estaba haciendo.

—¿Qué es eso?—inquirió.

—Es un jersey.

El joven le devolvió la prenda.

—¿Cree usted que podrá terminarlo antes de que me vaya?—dijo con voz ambigua, acercando su rostro al de Betty.

FELICIDAD

Muchas otras labores de punto tejieron las manos hacendosas y delicadas de Betty Mc Wade, sin que Jim manifestase sus propósitos de buscarse otro acomodo. El, el eterno nómada, el eterno aventurero del amor y de la vida, que acostumbraba mirarse en los ojos de todas las mujeres, que tenía una nueva pasión en cada puerto, que no podía permanecer dos días enteros en tierra sin sentir la nostalgia del mar, el ser eterno inquieto, el eterno descontento, había echado anclas junto a aquellos seres tan alejados por sus costumbres y por su espíritu de lo que hasta entonces había sido la norma de su vida. Prendido en el encanto de unos ojos azules,

en la serenidad del cariño reposado que el apóstol y su sobrina le concedían tan prodigiosamente, Jim Carter sentía nacer en él un hombre nuevo, o tal vez el hombre que había sido siempre, ya que tras el duro caparazón de su apariencia ruda y fuerte se escondía un Jim desconocido hasta por él mismo, y que ahora, al calor de aquel afecto tranquilo y dulce, salía a la superficie. Y el mar, el inmenso mar misterioso, al otro lado del cual estaban aquellos países de maravilla que él había visitado tantas veces, dejó de obsesionarle y atormentarle como había sucedido siempre que intentó quedarse en tierra. La imagen querida de la sobrina de Mc

Wade era más fuerte que todo, más fuerte que el mar inmenso.

Un día se decidió a declararse. Jim era un hombre expeditivo. Sabía ahora que estaba enamorado de una mujer, porque por ella se sentía dispuesto a olvidar las bellas de Singapore y del mundo entero, porque por ella también se sentía capaz de “echar anclas definitivamente” y ponerse a trabajar en tierra de lo que fuese. La vida empezaba a presentarse ante Jim envuelta en ropajes diferentes, y la palabra amor alcanzaba ahora todo su significado al pensar en la amada, que era para él más que novia, más que hermana, algo así como una madre también, una madrecita buena que le trataba a veces como un niño grande, como él merecía ser tratado, porque, ¿qué otra cosa era Jim en realidad, más que niño grande? Un niño grande, de anchas espaldas y fuerza hercúlea, ignorante de muchas cosas, pero dotado de una intuición maravillosa para asimilarse todo lo que se proponía.

Temblaba de miedo y de esperanza al mismo tiempo aquel mocetón rudo y fornido capaz de derribar a un hombre de un puñetazo,

el día en que se decidió a declararse a la dulce Betty. Ignoraba si sería rechazado, aunque no creía tener muchas probabilidades de que esto sucediese. Jim, a pesar de su rudeza, de la brusquedad de sus modales, del cinismo de que hacía gala muchas veces, poseía el atractivo extraordinario de su simpatía irresistible, y el hecho de haber tenido siempre una suerte loca con todas las mujeres le daba esperanzas para aspirar a una buena acogida por parte de Betty, aunque reconocía que la joven estaba demasiado alta para poder parangonarse con las que hasta entonces habían sido sus conquistas favoritas. ¡Ah! ¡Aquellas mujeres de Singapore!

La joven se burlaba de él, se tomaba a broma sus bravatas y sus entusiasmos, pero demostró desde el primer momento una vivísima simpatía que había ido en aumento hasta convertirse en afecto sincero. Accedía a salir con él siempre que la invitaba, sonreía cuando Jim, arrastrado por su entusiasmo, empezaba a elogiar su belleza en tonos cálidos y apasionados, un poco crudos algunas veces, que incluso la hacían ruborizarse, y si en alguna ocasión, Jim, enardecido por la

proximidad de la joven se atrevía a pasar su brazo alrededor de su talle y le atraía hacia sí con ánimo de besarla, Betty esquivaba el abrazo, pero sin reprenderle nunca por su atrevimiento. ¿Era aquello amor? Si no lo era se le parecía mucho. Y por eso Jim se había decidido a salir de dudas preguntándole a ella. Si era rechazado... Pues bien, si era rechazado cogería el primer vapor que tocara en el puerto y ¡a viajar nuevamente! ¡A esconder su dolor y su despecho en las entrañas del buque, sudoroso y ennegrecido, trabajando... o inventando mil embustes para no tener que hacerlo! Como había sido siempre, como habría seguido siempre si Mc Wade y su sobrina no se hubieran cruzado en su camino, cambiando el rumbo de su vida.

Hasta que un día Jim se decidió a "explotar" y tuvo la inmensa satisfacción de comprobar que, a pesar de su diferencia de educación y de modales, aquella joven rubia y delicada le amaba también tiernamente. Jim fué, pues, aceptado, y cuando los jóvenes, de regreso a su casa, radiantes y felices le dieron la noticia de su noviazgo al

viejo Mc Wade, éste dijo sonriendo tristemente:

—¿Qué será de mí ahora, hijos míos? Betty había sido siempre como una hija para mí... y... ¿qué será del viejo Pop sin su pequeña Betty?

—¡Usted vivirá con nosotros! ¡No faltaba más!—decidió Jim—. Antes de separarlo de Betty preferiría renunciar a ella. Viviremos juntos y yo me encargaré de construirle a usted el infierno más grande del mundo. Ya verá usted qué proyectos tan fantásticos bullen en esta cabeza. Yo podré ser un ignorante, podré no saber qué es lo que hicieron algunos señores de la Historia, que maldito lo que me interesan, pero a tener inventiva no me gana nadie. Antes de cinco años, todos millonarios.

La boda de Jim y Betty no tardó en efectuarse y constituyó un gran acontecimiento, al que asistieron los dueños de todos los barracones de feria de aquel parque, sin excluir al dueño del pim-pam-pum, a quien debía Jim parte de su felicidad presente. Sin aquel oportuno pelotazo en el ojo, tal vez nunca habría llegado a conocer a la que ahora era su esposa.

El tiempo pasa rápidamente. Los meses se suceden a las semanas y los años a los meses, y sólo los que sufren, moral y físicamente, los que cuentan los minutos por horas y sienten que la vida pesa sobre ellos como una carga insoportable, se dan cuenta de que el tiempo pasa, y pasa lentamente.

Jim y Betty se contaban entre los felices, y para los felices, el tiempo vuela siempre. Tres años después de haberse unido en matrimonio, apenas si acababan de convenirse de que se había realizado aquel prodigio, y, no obstante, aquel angelote moreno y sonrosado de año y medio de edad, que atormentaba la casa con sus gritos, daba buena fe de ello. El pequeño Sonny era la alegría del hogar y el dulce tirano de su padre, que se volvía loco por el peque.

Betty no había tenido que arrepentirse de haberse casado con Jim Carter. Jim era el más amante, el más bueno, el más trabajador de los maridos. Adoraba a su mujer y a su hijo y seguía queriendo a Pop Mc Wade con un cariño hecho de respeto filial y de intenso agradecimiento por no haberse opuesto a que su sobrina, tan fina, tan delicada,

tan sensible y educada se casara con un simple fogonero rudo e ignorante.

Betty podía aventurarse a afirmar que la felicidad que había acertado a proporcionarle aquel hombre "rudo e ignorante", como se complacía en llamarse él mismo, no habría logrado proporcionársela ningún otro hombre del mundo. Era una felicidad clara y radiante, sin la más pequeña nube.

En cuanto a Jim, su mujer, su hijo, su hogar, en una palabra, le habían hecho olvidar por completo aquel mar tan querido, aquellas tierras exóticas, aquella vida nómada y aventurera, curándole por completo de sus locos deseos de saber siempre lo que había más allá del horizonte. Betty, Sonny, Pop Mc Wade eran su único mundo, y en aquel suave remanso de paz habían ido a desvanecerse todas sus turbulencias.

La situación económica había mejorado sensiblemente. Gracias a su habilidad para anunciar el espectáculo y algunas sabias reformas que había introducido en el "Infierno", Jim había logrado ganar en tres años mucho más de lo que había ganado Pop en toda su vida.

Pero no paraban allí sus ambiciones. Jim le había dicho a Mc Wade en una ocasión memorable, que antes de cinco años serían ricos y que le construiría el infierno más grande del mundo, y el antiguo fogoneero no tenía más que una palabra.

Aquel día, precisamente, Jim tenía que asistir a una reunión muy importante, que sería tal vez la primera piedra colocada en el edificio de sus proyectos. Cenaba precipitadamente, mientras esperaba que viniera en su busca Jonesy, el único hombre que había despertado en él el sentimiento de la amistad y había logrado en aquellos tres años que llevaba "fuera del agua" convertirse en su mejor y más leal amigo.

Jim estaba muy preocupado, porque el pequeño Sonny parecía haber perdido el apetito. Sentado a su lado, en la mesa, como un personaje, el peque se negaba obstinadamente a engullir aquella papilla que las manos hacendosas de su madre le habían preparado, y Jim no podía sufrir que su hijo no comiese. Tenía que comer mucho, para llegar con el tiempo a ser un hombre tan fuerte como el autor de sus días.

—¡Pobrecito Sonny! — le dijo acariciando el rostro moquetado y encantador del angelote—. Claro está, no tienes apetito porque te dan a comer esas papillas que son una porquería. Lo que tú necesitas es carne.

Ni corto ni perezoso, cogió una chuleta que tenía a medio comer y metiéndola en el plato de la papilla la untó con ella, llevándola luego a la boca del chiquillo, el cual, como es de suponer, en lugar de abrirla para probar aquel plato que su padre le ofrecía, puso el grito en el cielo.

—¿Pero qué haces? ¿Estás loco? ¡Querer darle esto al niño!—protestó Betty entre divertida y asustada.

Jim, que al ver la indignación de su tierno vástago se había apresurado a renunciar al dulce proyecto de alimentar un niño de año y medio con chuletas de ternera, decidió entonces cogerlo en brazos para intentar calmarlo. El recurso surtió efecto. Apenas el niño se vió en brazos de su padre acalló su llanto y empezó a mover los brazos en señal de alegría. El cariño que el padre sentía hacia su hijo le era devuelto con creces por el peque. Ja-

más el rostro del pequeño Sonny reflejaba una felicidad tan completa como cuando se hallaba en brazos de su padre. Todo su pequeño rostro se animaba: sus ojitos negros y vivarachos, como los de su padre, echaban chispas, alargaba el hociquito como si fuese a dar un beso y sobre todo parecía sentir un placer indecible en apoderarse con sus pequeñas manos del pelo abundante y rizado de su padre, tirando de él con todas sus fuerzas y como Jim, entre sonrisas y dolorido le dejaba hacer siempre sin oponer resistencia, el niño le había tomado tanto gusto a aquel entretenimiento que intentaba hacerlo con todas las cabezas que se le ponían por delante y que, como es natural, no se prestaban al juego con la misma resignación beatífica que el autor de sus días.

No tardó en llegar Jonesy, quien, a pesar de no dejarse tirar del pelo por el pequeño tirano, adoraba también a aquel muñeco sonrosado.

—Está cada día más hermoso—dijo embelesado, besando sus manitas.

—Se va pareciendo a su madre—hizo observar Jim, que no cambiaba la belleza discreta y suave de

su mujer por todas las Cleopatras del mundo entero.

Se levantó, depositó al tierno infante en brazos de su madre y volvióse hacia su amigo.

—Es hora de irnos—advirtió—. Has llegado con el tiempo justo. Un minuto más y ya no me habrías encontrado.

Se dirigió entonces hacia su mujer y Pop para explicarles:

—He convocado a todos nuestros compañeros del parque de atracciones. Quiero proponerles que se asocien a nuestro nuevo "Infierno"... Necesito invertir en él una gran suma de dinero y nadie mejor que ellos para proporcionármelo. Así seremos todos como una gran familia unida por intereses comunes y al mismo tiempo lograré realizar mi sueño.

Se despidió tiernamente de su esposa, besó cuatro o cinco veces al peque, que se dejaba acariciar y besuquear sin oponer la menor resistencia y al cabo de un cuarto de hora se hallaba en el "Infierno", teniendo congregados a su alrededor a todos los dueños de las diferentes barracas del parque.

Jim Carter había conseguido hacerse popular entre sus compañeros

de trabajo. Todas aquellas buenas gentes se sentían atraídas por aquel hombre fuerte, sano, lleno de vitalidad y dinamismo, que había logrado dar un nuevo impulso a aquel parque de atracciones proponiendo reformas acertadas y dando a todos y cada uno de ellos un consejo acertado. Habían acabado por aceptarlo como su mentor y su guía y no había sugerencia que él les hiciera que no fuese aceptada inmediatamente. En aquel estado de ánimo favorable se hallaban, cuando recibieron la invitación de éste para que fueran a verlo aquella noche al "Infierno".

En pocas palabras Jim les expuso sus proyectos. Tenía el propósito de construir una atracción monumental, única en su género, un infierno poco menos que verdadero, con sus demonios y sus llamas, con figuras imitando almas en pena y quemándose a fuego lento, con sus siniestros antros infernales, con su olor a azufre, con sus calderas hirvientes, con todas aquellas cosas truculentas que a él se le habían antojado y que, a no dudarlo, harían las delicias de los ingenuos concurrentes a los parques de atracciones. Pero para construir todo eso

necesitaba dinero, mucho dinero y por eso les había convocado allí para que le dijese si aceptaban sus proposiciones y accedían a ayudarlo.

—No enterréis vuestro dinero—les dijo—, hacedlo trabajar. Es el único medio de sacarle el máximo rendimiento. ¿Qué sacaréis con ir cortando el cuponcito mensualmente? Con eso no lograréis haceros ricos nunca.

Jim se había situado en un estrado desde el cual dominaba a la concurrencia y podía observar el efecto que sus palabras ejercían sobre ellos. Al terminar este pequeño discurso paseó su mirada por todos los allí reunidos y sonrió satisfecho. Sus palabras habían surtido el efecto apetecido.

—Nada podemos perder en este infierno que nos propone—sugirió uno dirigiéndose a sus compañeros más próximos—. Jim sabe lo que hace y si ha logrado hacer de la concesión de Pop McWade un lugar frecuentado, mucho más podrá lograr con esta atracción que tiene en proyecto.

—Estoy dispuesto a asociarme a él si me convienen las proposiciones—aceptó otro.

—Buena idea—murmuró un tercero.

—Me faltan diez mil dólares—advirtió entonces Jim Carter—. Yo pondré una cantidad igual al que más ponga, además, tengo ya quien me preste veinte mil dólares. Con ese dinero podremos hacer algo digno de este parque, en el que todos participamos con nuestro esfuerzo y nuestro dinero. ¿Qué os parece mi proposición?

—¿Y a cambio del dinero que tendremos en el negocio?

—Una acción para cada dólar—repuso Jim sin vacilar ni un solo instante. En menos de un año habréis triplicado el capital. Os lo asegura Jim Carter y Jim Carter no tiene más que una palabra.

—¿Y en dónde se edificará el nuevo "Infierno"?—inquirió entonces uno de los presentes.

Jim se volvió hacia el dueño de las montañas rusas.

—En tu terreno—dijo con firmeza—. Contamos contigo para que nos ayudes. El lugar en donde tú tienes la atracción es el más a propósito para esto. Por supuesto, la concesión será hecha con todas las garantías necesarias. Por ejemplo...

Se interrumpió al ver que el alu-

dido, un hombre de mediana edad, de aspecto un poco triste y enfermizo se levantaba bruscamente y avanzando hacia él le decía indignado: —¡Alto ahí, Jim Carter! No cuentas conmigo para eso. Tengo todo mi dinero invertido en las montañas rusas y no puedo correr el riesgo de perderlo todo.

—Pero, es que ya te hemos encontrado otro lugar a propósito para instalar tu atracción. Se te pagarán todos los gastos.

El hombre le atajó con un gesto:

—Es inútil, Jim, no insistas; eso que me pides es imposible.

—Dean, tú no puedes hacer eso. Tu sitio es el más a propósito para instalar el "Infierno". Si rehusas...

—He dicho mi última palabra, Jim—repuso Dean fríamente—. No quiero exponerme tontamente, dejando lo seguro por lo inseguro. Retendré mi concesión sea como sea.

Se volvió a sus compañeros.

—Lo siento mucho, pero no me es posible obrar de otra manera. Yo sería el que más expusiese en el negocio, sin garantía ninguna. Buenas noches a todos.

No dijo más. Saludó fríamente y salió del "Infierno".

En la sala se produjo un movi-

miento de disgusto y de desconfianza. Si Dean se obstinaba en no ceder su puesto, el proyecto fracasaría indudablemente. ¿Qué hacer?

La voz clara y firme de Jim se dejó oír para tranquilizarles.

—Bien está — exclamó dirigiéndose a sus compañeros—. No os apuréis por eso. Yo me encargo de

arreglarlo.

Jonesy se acercó entonces a su amigo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Cómo solucionar el problema del terreno?

Jim se encogió de hombros.

—Voy a cortar el nudo gordiano —dijo simplemente.

EL NUEVO "INFIERNO"

Unos días después, Jim estaba mostrándole a su suegro, como llamaba a veces a Pop Mc Wade, los planos del nuevo "Infierno".

—Aquí colocaremos las grutas de los suicidas—iba diciendo señalando con el dedo—, aquí las de los que reciben su castigo por haber sido traidores, aquí los perjuros, aquí los asesinos...

Y observando la atención con que era escuchado por parte de Mc Wade comentó con buen humor:

—Por lo visto, los hombres eran muy malos en tiempo de Dante.

—Los hombres y los pecados han sido siempre los mismos desde que

el mundo es mundo—repuso Pop sonriendo.

Jim soltó una carcajada y con aquella franqueza un poco brutal que era su principal característica, repuso:

—El peor pecado que puede cometer un hombre en la vida, es fracasar.

El "apóstol" sonrió, miró unos instantes en silencio a su querido Jim, tan distinto de él, tan ambicioso, tan inquieto siempre y, poniéndole una mano en el hombro, dijo con su voz dulce y persuasiva:

—Tú triunfarás, Jim, porque es tu sino, pero no olvides lo que

voy a decirte. Si para salvar los obstáculos que se opongan a tu camino hacia el triunfo tienes que perjudicar a alguien, es preferible que no sigas adelante. En este caso el fracaso, lejos de ser un pecado, como tú dices, es la mejor de las virtudes.

—¿Yo perjudicar a alguien?—dijo—. ¡Pero si soy incapaz de matar una mosca... a condición, claro está, de que no intente comerse mi pastel!

Las palabras de Mc Wade tenían carácter de profecía. En efecto, Jim estaba decidido a salvar, aunque fuera arrollándolos, todos, absolutamente todos, los obstáculos que se opusieran a su avance. Había decidido construir el "Infierno" y ni el mismo diablo habría podido oponerse a sus designios. En este caso, el único obstáculo insuperable era el de Dean, el concesionario de las montañas rusas y contra aquel obstáculo se había echado Jim con las armas del dinero y de la astucia.

Dean debía el alquiler del sub-suelo desde hacía más de un año. Aquello le hundió al mismo tiempo que salvaba a Jim. Este adquirió el contrato mediante el cual se conver-

tía en acreedor de Dean y se dispuso a obrar sin contemplaciones. Dos meses después, sin atender a las súplicas ni a las amenazas de Dean se procedió al embargo y al derribo de las montañas rusas. Jim acababa de dar su primer paso a la realización de sus ambiciones, pero en la primera etapa de su camino ya había labrado la desgracia de un hombre. En adelante, su ruta hacia la gloria tendría aquel precedente funesto.

Unos meses después el "Infierno" estaba terminado.

Jim había logrado realizarlo según su fantasía y si es verdad que el antiguo "Infierno" de Pop Mc Wade era una sana lección de ejemplaridad digna de ser apreciada por un número reducido de minorías selectas, el "Infierno" llevado a cabo por Jim, con todas sus truculencias, no podía resultar más atrayente para aquellas gentes sencillas que acudían a presenciar el espectáculo con la sana intención de ver un infierno de feria y no un museo selecto, sin llamas ni almas en pena. La nueva orientación dada al espectáculo no apartaría seguramente a ningún espectador del mal camino, pero conseguiría sin duda

alguna hacer millonarios a los explotadores del nuevo "Infierno".

El día de la inauguración una multitud extraordinaria se había congregado en el parque de atracciones, ávida de presenciar el nuevo espectáculo anunciado repetidamente en la prensa y en la radio. Una cabeza de dragón colosal de cuyos ojos salían dos rayos de luz potente, abría sus enormes fauces como si quisiera devorar a los curiosos espectadores que se detenían frente a él para contemplarlo. Aquello era la puerta del "Infierno". Jim había puesto a contribución del espectáculo todos los inventos modernos: juegos de luces, de una fantasía deslumbrante, grutas fantásticas, copia exacta de las grutas de la naturaleza, abismos negros en cuyo fondo bullían las aguas, *demonios* de carne y hueso y *almas en pena* construídas con materiales incombustibles, desnudos y dolientes, que se retorcían entre llamas, truculencias de todas clases y una serie de ingeniosos resortes que se encargaban de proporcionarles a los espectadores los sustos inherentes en toda esa clase de espectáculos. Por supuesto, todo el infierno, desde el sótano hasta la

cúspide era un infierno *de cartón piedra*, en el que el buen gusto no era precisamente la nota imperante, pero como espectáculo resultaba de una fantasía deslumbrante.

Se abrieron las taquillas y las fauces del dragón empezaron a *devorar* gente. Eran los espectadores ansiosos que se aglomeran a la inauguración de todos los espectáculos y que sufren de buen grado toda clase de molestias, con tal de "ser los primeros". Ellos serían también los primeros en hacer la propaganda del "Infierno" al día siguiente, entre sus amigos y compañeros de trabajo. Eran los eternos ingenuos, los eternos admirados para quienes había sido levantado el espectáculo.

Como si aquel terrorífico espectáculo de llamas surgiendo de todas partes, almas en pena quemándose a fuego lento, demonios con sus harpones, pozos profundos, etc. no fuera bastante, Jim había ideado una especie de cuadro de revista para coronar la inauguración del "Infierno". Y como sus dotes de "speaker" eran sobresalientes, no quiso dejar a nadie la tarea de anunciar el espectáculo.

Cuando la gran entrada al "In-

fierno" estuvo llena, antes de que empezasen a funcionar todos aquellos trucos que convertían el recinto en el más truculento de los infiernos, salió Jim a dirigir la palabra al público, desde la parte alta del edificio:

—Señores y señoras — dijo con voz estentórea—. Van a ver ustedes a las mujeres más famosas de la Historia. Las mujeres que tuvieron el mundo a sus pies e hicieron desgraciados a los hombres. Han sido traídas del infierno verdadero a costa de un contrato fabuloso. ¡Aquí está! ¡Aquí está Cleopatra, la sensual reina de Egipto, en busca de una nueva víctima! ¿Quién de ustedes no se sentirá inclinado a amarla por su belleza maravillosa y única?

Descorrió un cortinaje y entre nubes de incienso apareció una Cleopatra de revista, tan ligera de ropa como bonita de cuerpo, que avanzando majestuosamente hizo unas cuantas piruetas encaminadas a mostrar al público su cuerpo escultural y sus bien torneadas piernas, dignas de ser ostentadas por Cleopatra en persona.

—Vayan ustedes viendo las bellezas famosas. Vean ahora a Salo-

mé, la que hizo perder la cabeza a tantos hombres e hizo cortar la cabeza del único hombre que no quiso perderla por ella. La lúbrica Salomé, la gran pecadora.

Una Salomé no menos arrevestida hizo su aparición en escena, se exhibió en la misma forma que su ilustre colega y se apartó discretamente para ceder el paso a una tercera pecadora no menos peligrosa, Lucrecia Borgia, la gran envenenadora.

—¡Y ahora, señores, aquí tienen ustedes a Carlota Corday, la mujer que mató a un hombre en la bañera y que fué conducida al cadalso pagando con la vida su delito!

Apareció Carlota Corday en la misma forma que sus antecesoras, vestida con un vaporoso traje de crinolina y tocada con una enorme pámela; hizo las piruetas de rigor y se apartó para ceder el paso. ¿A otra pecadora, tal vez? No. A la suma y compendio de todos los pecados capitales. ¡A Satanás en persona! Un mocetón de dos metros de alto, fuerte, hercúleo, medio desnudo, con los cuernos de rigor y que a pesar de ser ex cargador del muelle, hacía una magnífica figura como diablo.

Y entonces dió principio el espectáculo, funcionaron las luces, se encendieron las hogueras, las cuatro pecadoras exhibidas desaparecieron al conjuro del harpón de Satanás y con gran regocijo de los presentes Jim Carter anunció que el Profesor Dante en persona, les conduciría a través de aquellos laberintos infernales, presentándoles las diversas personalidades que estaban purgando sus culpas en aquel antro.

El Profesor Dante, como es de suponer, no era otro que el bueno de Pop, que vestido con una larga túnica esperaba en su camerino el momento indicado para intervenir.

—Usted hará un guía mejor que Virgilio—dijo Jim mientras su mujer acababa de arreglar afanosamente los pliegues de la túnica que Jim le había obligado a vestirse—. ¡Pop! Nuestro infierno está lleno de gente, tanto o más que el infierno verdadero. ¡El mundo es nuestro!

Se fijó en que el infeliz Dante estaba temblando de pies a cabeza.

—¿Qué es eso, Pop? ¿Tiene usted miedo?

El anciano sonrió tímidamente y besando con la ternura de siempre

a su querida sobrina, salió hacia el “Infierno” sin contestarle.

—No te ha dicho nada porque está emocionadísimo—aclaró su mujer—. ¡Al fin ve realizada la gran ilusión de su vida! Jim, quiero pedirte un favor. ¡Déjame despachar las entradas como en mis tiempos de soltera! No puedes imaginarte la ilusión que me haría.

Pero esta vez su marido no parecía dispuesto a complacerla.

—No, no, eso pasó ya. Tú a casa, al lado de Sonny.

La estrechó entre sus brazos apasionadamente.

—Amor mío—le dijo—, ahora empieza mi lucha. Será un poco ruda, pero suceda lo que suceda quiero que sepas que todo lo hago por ti y por Sonny.

Salió Betty y Jim se dirigió de nuevo al “Infierno”, a recrearse en su obra. Para ver mejor se situó en la parte superior del edificio, que tenía la altura de unos cinco pisos y desde allí pudo dominar el espectáculo soberbio de la gente ascendiendo y descendiendo por las diversas escaleras que conducían a los diferentes círculos del “Infierno”, tal y como Dante los describiera en su obra. Oyó la voz de Pop Mc Wa-

de que iba explicando a sus asombrados oyentes el significado de todo aquello.

—Este es el primer círculo de los nueve que contiene el infierno. En él están los que blasfemaron contra su Dios. Aquí no se oyen más que los suspiros de los condenados al eterno tormento. El próximo círculo será el círculo de los suicidas condenados al infierno por haber destruido una vida que no les pertenecía y que sólo Dios podía quitarles.

Jim sonreía al oír la voz querida que llegaba a sus oídos un poco apagada por los distintos ruidos de aquel infierno. Sintió de pronto una mano que se posaba sobre su hombro, se volvió rápidamente y vió entonces erguirse ante él la figura de Dean, el antiguo propietario de las montañas rusas, sobre cuyo terreno se asentaba ahora el nuevo espectáculo y al que él había llevado a la ruina con su embargo. Sonrió forzadamente.

—¡Hola, Dean!—dijo, intentando adoptar una actitud amistosa.

—¡Hola, Jim!—repuso el saludado con voz ronca—. Una noche magnífica para ti, ¿verdad? Un triunfo magno. Ya estarás contento,

has podido al fin ver realizados tus anhelos.

El rencor reconcentrado con que fueron pronunciadas estas palabras no le pasó por alto a Jim. En ellas había volcado Dean toda su amargura y todo su despecho. Tenía razón el infeliz y Jim lo reconoció lealmente.

—¿Qué has estado haciendo durante este tiempo?—preguntó interesado—. Te he buscado por todas partes inútilmente.

Dean no contestó en seguida. Se acodó a la barandilla y miró hacia abajo. Sus ojos tristes se posaron rápidamente en los diversos detalles del espectáculo: las grutas misteriosas, los juegos de luces, las comparsas vestidas de demonios, la gente que iba y venía incesantemente, el bueno de Pop Mc Wade haciendo sus explicaciones de los diversos círculos infernales, para posarse al fin en el enorme pozo allá abajo, lleno de agua hirviente, de la que salía un humo negro y espeso. Un truco más entre los mil trucos de la fantástica barraca de feria. Era como un abismo hondo y negro. Se volvió rápidamente hacia Jim.

—¿Qué es lo que he estado ha-

ciendo dices? ¿Y todavía tienes el valor de preguntármelo? Jim, para construir este infierno no vacilaste ante nada, ni siquiera ante la ruina de un hombre. Cometiste una canallada al comprar mi concesión aprovechándote de mi deuda y ni siquiera me diste el plazo suficiente para que yo pudiese encontrar otro sitio en el cual montar mi espectáculo. Me arruinaste, arrancaste y derribaste lo que tanto me había costado construir. Te saliste con la tuya, pero yo lo perdí todo en el juego. Mi mujer ha muerto esta

mañana. Tal vez te guste ahora ver como me precipito en el infierno.

No dijo más, se subió a la barandilla y antes de que Jim hubiese tenido tiempo de impedirselo, se lanzó al espacio. Un segundo después su cuerpo caía en el fondo de aquellas aguas hirvientes.

Un alarido de espanto salió de las gargantas de la multitud aterrorizada que le había visto caer. Corrió todo el mundo en auxilio del suicida, pero cuando le sacaron del agua era ya cadáver.

PROSPERIDAD

Aquel incidente terrible, aunque deslució la inauguración del espectáculo no influyó para nada en su éxito posterior. La gente olvidó prontamente y el infierno construido a costa de la vida de un hombre, siguió presentando sus interesantes truculencias a los ojos atónitos de sus visitantes. Unos años después, Jim Carter había logrado hacerse poco menos que millonario. El éxi-

to le sonreía y el recuerdo de Dean no llegó a atormentarle demasiado. Era cierto que Jim había buscado al infortunado durante aquel año que duró la construcción del "Infierno" con ánimo de indemnizarle y ofrecerle también una participación en el espectáculo, pero Dean había desaparecido, parecía que se lo hubiese tragado la tierra. Luego vino la gran tragedia y Jim se dijo a sí



—¿Yo trabajando y tú quedándote con el dinero?



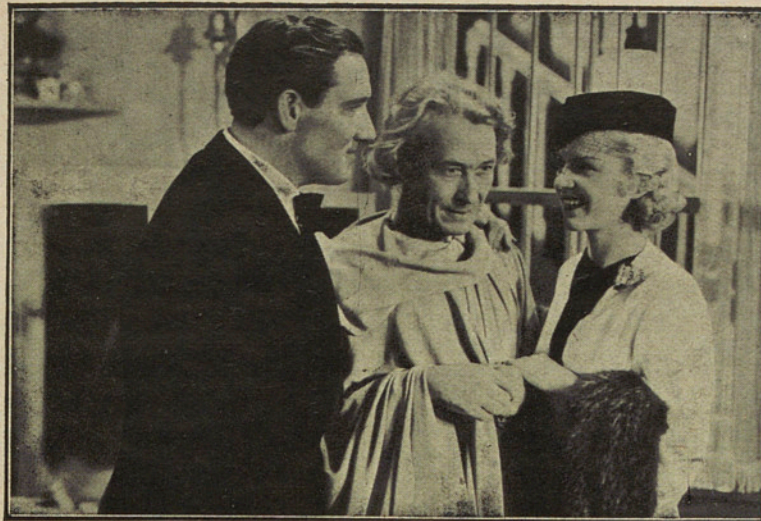
—Me ha curado usted sin sentirme.



—Si no fuera por el ojo serían ustedes iguales.



—¿Cómo se llama la señora que mandó cortar la cabeza a San Juan Bautista?



—Usted hará un guía mejor que Virgilio.



Cuando lo sacaron del agua era ya cadáver.



—Te has lanzado por una pendiente que sólo Dios sabe adonde ha de conducirte.



—¿No quieres convertirte en un hombre sociable?



Logró sacarlo de entre los escombros tras ímprobos esfuerzos.



—Te he traído tu libro.



Los herejes metidos en sepulcros de fuego.



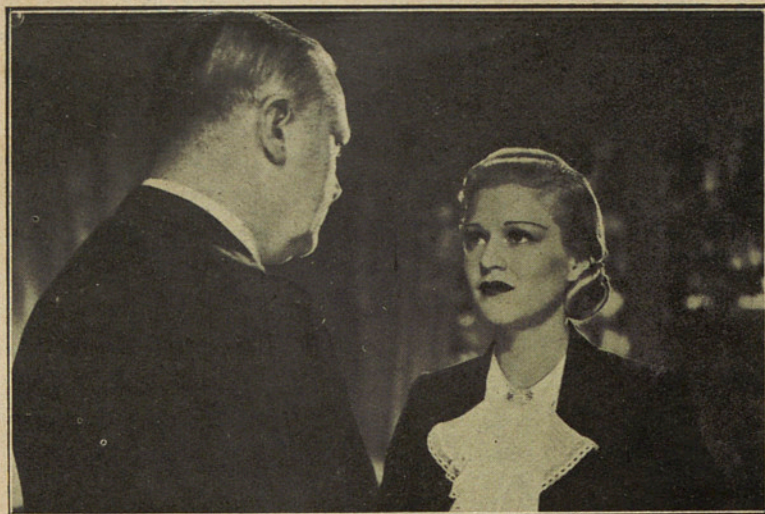
Lluvia de fuego y de pez hirviendo, negruras de abismo, humo y tinieblas...



—Papá no podrá acompañarte esta vez.



Sonny, su pequeño Sonny, había sido raptado misteriosamente.



—Los mejores policías se han puesto en su búsqueda.



Corrió el champagne y los primeros borrachos hicieron su aparición.

L A N A V E D E S A T A N

mismo que él había hecho todo lo posible para evitarlo. La fatalidad había querido que se tropezase con un hombre adusto y reconcentrado como Dean que había ido devorando en silencio su rencor y su odio hasta llegar a aquel desenlace, en lugar de ir en su busca y exigir lo que fuese, todo antes que cometer aquel acto de locura insensata que le había arrastrado al suicidio. Jim se sentía algo culpable, pero su conciencia se acallaba al pensar en que por lo menos él había estado dispuesto a tenderle la mano a Dean... después de haberle arruinado.

Pero el "Infierno" no bastaba a saciar su espíritu de iniciativa. Muy pronto el parque de atracciones entero sufrió una transformación radicalísima. Todas las atracciones fueron reformadas, agrandadas, transformadas a su gusto. No contento con eso contrató otros espectáculos, montó nuevos parques de atracciones, abrió casas de juego. Jim se había lanzado por la pendiente de los negocios y nada ni nadie habría podido detenerlo.

Pero aquel hombre de nervios de acero y de voluntad inquebrantable, seguía siendo en su casa el mismo esposo, amante y padre entrañable.

Para su despacho las palabras enérgicas, los gestos conminatorios y helados, los desplantes con los accionistas, la lucha cotidiana con aquel engranaje complicado en el cual se veía envuelto, para su casa las palabras cariñosas, las caricias apasionadas, la alegría un poco infantil de su carácter, los juegos con el pequeño Sonny, que había ido creciendo y ahora ya comía chuletas con gran alegría de su ilustre progenitor, que no veía por otros ojos que por los de su hijo. Jim era un solo hombre y dos personalidades distintas. El hombre de negocios ambicioso, inflexible, siempre mirando adelante, dispuesto a arrollar todos los obstáculos que se interpusieran en su camino y el padre y esposo amante, capaz de andar a cuatro patas sobre la alfombra con tal de complacer a su hijo, tierno y delicado con su mujer, cariñoso siempre con el viejo Pop, que seguía viviendo a su lado calladamente, sonriendo con su eterna sonrisa dulce y comprensiva.

Un día, mientras se hallaba en su despacho, ocupadísimo en sacudirse de encima uno de sus accionistas más exigentes, su inseparable amigo Jonesy, convertido ahora en

secretario, entró para anunciar que una comisión de damas aristocráticas solicitaba una audiencia. Jim casi saltó de su asiento. ¡Aquello sí que no se lo esperaba! ¿Qué diablos tendrían que ver las damas de la aristocracia con sus negocios?

—Diles que se esperen—dijo con aquella brusquedad suya que no entendía de jerarquías sociales—. En este momento no puedo recibirlos.

Jim estaba despachando en aquel preciso instante al italiano que en un día no muy lejano se negara obstinadamente a cederle gratis un pedazo de carne cruda, y que ahora, por una ironía del destino se hallaba asociado a su fabuloso negocio.

—¿Qué es lo que quieres, Beppo?—inquirió sonriendo.

—Quiero mi dinero—repuso el italiano resueltamente.

—¿Quieres decir tus acciones?

—¡Mis acciones! ¡Mis acciones! ¿Dónde está el dinero que hemos ganado en todo ese tiempo?

—Lo hemos empleado en otros negocios de la misma índole. Tú lo sabes tan bien como yo, Beppo.

—Pero yo quisiera mi dinero... De esta manera es como si no tuviese ni un penique. Si ahora se me

ocurriese poner un negocio por mi cuenta...

—¿Y para qué diablos has de poner tú negocios por tu cuenta? ¿No ves que con nuestro parque de atracciones estamos ganando un dinerito? Ya llegará el día de recoger los frutos y entonces todos millonarios.

—Sí, pero mientras tanto—arguyó el italiano no muy convencido.—Mientras tanto yo no me veo ni un céntimo,

—Mientras tanto te tengo asignado yo un salario superior al que ganabas antes, cuando regentabas tu propio negocio.

Se volvió hacia Jonesy.

—Sube el salario de Beppo a cien dólares la semana—dijo.

Aquella fué la palabra mágica que tuvo la virtud de aplacar las impacencias del italiano.

—¡Oh, Jim! Esto ya es otra cosa—dijo haciendo mil reverencias al mismo tiempo que se disponía a retirarse—. Gracias, gracias...

Salió el italiano y Jim guiñó pícaramente el ojo a Jonesy como diciéndole: “¿Qué te parece mi habilidad para sacudirme los moscones?”

Se dispuso entonces a despachar

a otro inoportuno agente de la compañía proteccionista de sus casas de juego.

—No pagaré ni un centavo más para la protección a mis casas de juego—advirtió conminatorio.

—Pero es que el precio ha subido y usted...

—He dicho mi última palabra, señor Hamilton. Habilitaré un barco para convertirlo en casa de juego y así me ahorraré sus servicios.

El hombre sonrió, saludó cortésmente al poderoso Jim Carter que podía permitirse el gusto de fletar un barco para no acceder a sus pretensiones y salió del despacho, convencido de que toda tentativa para doblegar la voluntad de aquel hombre de acero sería totalmente inútil.

Y entonces, sólo entonces les tocó el turno a las encopetadas damas a quienes un antiguo fogonero y maquinista se había permitido el lujo de hacerlas esperar media hora en la antesala. Ya iba a dar la orden de que las hicieran pasar a su despacho, cuando mirando el reloj vio que eran las seis de la tarde.

—Lo siento mucho — dijo dirigiéndose a Jonesy—, pero estas señoras tendrán que volver otro día

si quieren hablar conmigo. Tengo una cita muy importante con la única persona a quien no haré esperar nunca. Adiós y hasta más tarde.

Salió Jim dejando a su amigo Jonesy con el *delicado* encargo de notificarles a aquellas señoras que Jim Carter, un advenedizo, un nuevo rico, un dueño de casas de juego, no había podido recibirles.

La persona importante a quien Jim no haría esperar nunca era nada menos que su hijo. El niño estaba algo resfriado y su padre le había prohibido salir aquella tarde bajo la promesa formal de que a las seis en punto iría a hacerle compañía y Jim, el ambicioso Jim, que a las nueve en punto de la mañana estaba ya en su despacho y permanecía allí a veces hasta las nueve de la noche, no reparaba en dejar sus negocios y sus asuntos pendientes para cumplir la promesa que hiciera a su hijo.

Jugando con un tren en miniatura y peleándose como dos luchadores de greco-romana, les encontró Betty al regresar aquella tarde a su casa; Jonesy que llegó un momento después y que estaba también chocho con el niño, se cuidó de arrebatárselo al autor de sus días

para jugar con él, y como fuera que Jonesy le estuviera enseñando al niño a hacer trampas con una ruleta en miniatura, Jim, que se acordaba de que su conocimiento con Jonesy se debía a haberle él descubierto en la barraca de la primitiva feria su "truco" para que no ganase nadie ningún premio gordo a su ruleta, reprendió severamente a su amigo:

—¿No te da vergüenza enseñarle estas cosas al niño? Que no vuelva a sorprenderte si no quieres que te prohíba jugar con él en lo futuro.

Jonesy no era un hombre muy susceptible. Hizo ver que se tomaba muy en serio la repulsa y cogiendo al niño en brazos le dijo con una expresión tan cómica que Betty y su marido no pudieron menos de reírse con toda su alma:

—Vamos, Sonny, en vista de que tu padre se ha vuelto moralista de repente, te enseñaré a hacer pompas de jabón. No creo que tengáis nada que objetar contra esta clase de juego.

Salieron Jonesy y el niño. Betty y Jim quedaron solos.

—Jim, tengo que darte una noticia desagradable—dijo entonces su

mujer—. El niño no puede ir a la escuela de miss Kirkland.

—¿Y eso por qué? ¿Acaso el niño no es lo suficiente bueno para ir a una escuela tan encopetada?

—El niño, sí, somos nosotros los que al parecer no somos lo...

—Ya comprendo. Nos falta relación social. Pues si esto es lo que quiere esta buena señora no hay que apurarse. Jim Carter consigue siempre todo lo que quiere. ¡No faltaba más! Aunque tuviera que adquirir un título de duque. Mi Sonny se rozará con todos los niños aristocráticos que a mí se me antoje.

Y le faltó tiempo para ponerse en comunicación con aquellas damas que habían ido a visitarle y les dijo:

—Mi secretario me ha informado de sus deseos. Desde luego, pueden contar ustedes con mi colaboración entusiasta para esta tómbola de caridad. Por mi parte les cedo gratuitamente por un día entero mi parque de recreos para que organicen ustedes una fiesta infantil y dediquen el producto de las entradas a sus fines benéficos.

Las damas le mostraron su más profundo agradecimiento y, apro-

vechando su buena disposición de ánimo hacia él, añadió:

—¿Por qué no vienen ustedes a comer con nosotros mañana, por ejemplo? Podremos hablar más extensamente de la fiesta benéfica y ultimar los planes. ¡Oh, no, no! El placer será nuestro. ¿Sí? Entonces encantados y agradecidísimos. Mi esposa tendrá sumo gusto en conocerlas.

Y, luego, decía a su mujer:

—¿Qué te parece? Dentro de unos días la señora Kirkland vendrá a pedirte que dejes ir al niño a su escuela.

* * *

Unos días después, Jim le estaba mostrando a Pop Mc Wade la maqueta de un magnífico vapor que acababa de adquirir, cumpliendo la promesa que hiciera a los encargados de velar por la seguridad de sus casas de juego en tierra firme.

—¿No es un barco magnífico, Pop? Esta misma tarde he cerrado el trato con la compañía. Desde hoy soy dueño de uno de los mejores vapores de recreo. Tengo puestas en él todas mis esperanzas. Lo conver-

tiré en un palacio flotante de placer. Por supuesto, la atracción principal de este palacio será el juego.

Pop Mc Wade le contempló unos instantes en silencio. Sus ojos azules se nublaron con una expresión de tristeza. Colocó suavemente la mano sobre el hombro de su Jim, como hacía siempre que quería decirle algo muy grave y le costaba un esfuerzo. Habló con aquella voz persuasiva que tenía la virtud de conmover el corazón un poco endurecido del marido de Betty.

—Jim—le dijo gravemente—, te has lanzado por una pendiente que sólo Dios sabe a dónde ha de conducirte. No pretendo sermonearte, pero sí quisiera que te detuvieras un momento a meditar sobre las palabras que voy a decirte. Jim, hay una cosa en el mundo que está por encima de todos los goces materiales de la vida y esta cosa es la tranquilidad de conciencia, la satisfacción del bien cumplido, la práctica de las buenas doctrinas, el amor al prójimo. No sacrifiques tus buenos impulsos a tu afán de ambición desmedida. Siempre hemos andado por sendas distintas, pero hasta ahora había podido seguirte y comprenderte. Mi cariño te acompaña-

rá a donde vayas, no así mi aprobación por todo lo que hagas. No quiero aconsejarte nada, pero antes de seguir adelante te ruego te detengas a mirar el camino por el que vas a lanzarte.

Las palabras sensatas y llenas de enseñanzas del buen viejo, cayeron esta vez en el vacío. Jim estaba demasiado cegado por su afán de oro y poderío para poder ver claro en su conciencia. No podía comprender al apóstol, no podía comprenderlo. Como había dicho él, con gran acierto, los dos andaban por caminos distintos.

Salió el anciano para dar su acostumbrado paseo después de la cena y al cabo de un rato llamaron a la puerta. Aquella noche era, por indicación de Jim, noche de asueto para los criados que ya habían salido, y Jim en persona hizo de portero. El recién llegado era el inspector de edificios Harris, que una hora antes le había anunciado su visita por teléfono. Jim le hizo pasar al saloncito.

—Vengo a decirle—advirtió el visitante — que su edificio del “Infierno” no ofrece seguridad. Un día cualquiera, en ocasión de una aglo-

meración excesiva, corre el riesgo de que se derrumbe.

Hubo un momento de silencio.

—No puedo creer lo que usted me dice—repuso Jim Carter con el acento incrédulo.

—Es la pura verdad, señor Carter. Es más, para que el “Infierno” ofreciese las garantías de seguridad precisas en esta clase de edificios sería necesario que fuese reedificado por completo.

—¿Reedificado dice usted? ¿No comprende que esto es una locura inaceptable? Yo no puedo suspender ahora una atracción que me da tanto dinero. Tengo mis compromisos y necesito hacer frente a ellos. Además, no tengo ni un céntimo... Bueno, usted ya me entiende. Tengo mucho dinero, pero todo está invertido en mis negocios. Acabo de adquirir un vapor para destinarlo a palacio de recreo y en estos momentos me es absolutamente imposible gastar un solo céntimo.

El inspector Harris movió la cabeza.

—Señor Carter, me temo que no haya otra solución. He dicho y repito que su edificio no ofrece seguridad y mi obligación es infor-

mar en este sentido. Usted verá lo que hace.

—El que verá lo que hace es usted, inspector Harris — dijo entonces Jim poniéndose serio—. ¿Olvida usted acaso que fui yo quien le encontró ese empleo? ¿Olvida que no bastará con que usted informe en sentido adverso para que se me ordene cerrar el “Infierno”? Su obstinación puede costarle el empleo. Medite usted, Harris, medite usted sobre eso y piense si le conviene tenerme por enemigo. Su opinión puede ser errónea. En fin, usted ya me entiende.

El inspector Harris se mordió los labios.

—Señor Carter, no pretenderá usted obligarme a...

—Yo no le obligo a nada, sólo le pido que medite.

Se acercó al visitante, le alargó un vaso de whisky.

—Inspector Harris, usted no querrá exponerse a perder mi amistad tontamente. ¿No es cierto?

Sacó de su cartera un sobre abultado.

—Tome usted eso—le dijo alargándoselo—. Un pequeño regalo... no tiene importancia.

El inspector vaciló, pero Jim, que

le estaba observando ávidamente, comprendió que había ganado la partida. Cuando a un hombre se le pretende sobornar en una forma tan descarada como él estaba pretendiendo hacerlo y está dispuesto a no permitirlo, no vacila ni un instante. Si Harris no hubiese estado a punto de ceder, pensó Jim, en lugar de vacilar se habría apresurado a echarle el contenido del vaso a la cara. Jim no se engañaba. Después de un corta lucha interna, el inspector cogió el sobre que Jim le alargaba y bajó la cabeza como si no se atreviese a sostener la mirada burlona y fría de aquel hombre que estaba comprando el honor de otro hombre con un puñado de billetes. Jim Carter había ganado la partida una vez más y avanzado un nuevo paso en aquel camino peligroso cuya ruta estaba erizada de obstáculos.

En aquel preciso instante se abrió la puerta del salón y apareció el rostro bellísimo y sonriente de Betty.

—¡Jim! — exclamó—. ¿Dónde te habías metido? Tenía que decirte...

Se detuvo al ver que su marido

estaba acompañado de un desconocido.

—Te presento al inspector Harris—dijo entonces Jim amablemente—. Mi esposa...

Betty le tendió la mano, que el visitante estrechó tímidamente.

—El inspector Harris ha venido a pedirme mi óbolo para una fiesta benéfica. En este momento se estaba despidiendo...

Salió el visitante y entonces Betty abrazó a su marido diciéndole con voz dulce:

—¡Qué bueno eres, Jim! Siempre dispuesto a ayudar a todo el mundo.

Si hubiese podido descifrar la sonrisa de cinismo que se dibujó en los labios de su marido seguramente se hubiera asustado.

Una hora después, Jim, tendido en un diván leía el periódico, en tanto que su mujercita se ocupaba en una de esas labores de aguja a las que son tan aficionadas las mujeres.

Se levantó, se acercó al diván en donde reposaba su marido y sentándose a su lado le dijo mostrándole la labor que estaba haciendo:

—Por fin he terminado mi bolso

para ir a la ópera. ¡Fíjate qué preciosidad!

Jim lo miró y remiró.

—Está muy bien—opinó—, pero habrías podido comprártelo hecho y te habrías ahorrado todo este trabajo. Además, esto de ir a la ópera...

—Te guste o no te guste, hemos de ir, Jim. ¿No quieres convertirte en un hombre sociable?

—Según lo que tú entiendas por hombre sociable. Pero en fin, si tanto te empeñas nos abonaremos a la ópera. Aunque me duerma. Todo sea por complacerte.

—¡Complaceme! ¿A que te has olvidado de la fecha de hoy? ¿No te recuerda nada?

Jim se rascó la cabeza fingiéndose perplejo.

—Sí, es el día de la salida de los criados.

—¿Y nada más? ¿Te has olvidado de lo que sucedió hace seis años?

El rostro de Jim volvió a reflejar una perplejidad hipócrita.

—¿Hace seis años? —inquirió.

—Puesto que te obstinas en no acordarte voy a refrescarte la memoria. Hoy es el sexto aniversario de nuestra boda.

—¡Toma, pues es verdad! ¡Aho-

ra caigo! Por eso me pasé todo el santo día preguntándome por qué habría comprado esto...

Sacó un hermoso estuche y se lo mostró a los ojos admirados de su mujer.

Esta lo abrió con manos temblorosas. Era un brazalate espléndido.

—Entonces, ¿te habías acordado? ¿Y pudiste pasar todo el día sin decírmelo?—reprochó besando a su marido—. ¿Querías engañarme?

—Y tú, ¿cómo pudiste suponer ni por un momento que yo habría podido olvidarme del día más feliz

de mi vida?—reprochó el marido atrayéndola hacia él cariñosamente.

—¡Y hemos seguido siendo felices! ¿No es verdad, bien mío?

—Lo hemos seguido siendo y lo seremos siempre—repuso su marido gravemente.

Se levantó, cogió un objeto que había escondido debajo del sofá y se lo mostró a su mujer. Era una cajita de música figurando un carrusel, un juguete costoso y bonito.

—Es para Sonny —advirtió—. También él tiene que celebrar el aniversario nuestro.

EL CASTIGO DE DIOS

Unos días después se celebraba la fiesta benéfica en el parque de atracciones cedido galantemente por Jim y sus compañeros.

Los representantes más genuinos de la aristocracia de la población se habían dado cita allí y Jim tuvo ocasión de observar que la tómbola organizada por su mujer no sólo era la más concurrida, sino la

que lograba subastar más número de objetos.

En cuanto a Betty, estaba hecha una gran dama, vestida con una elegancia que no desentonaba en absoluto con la de las demás damas de la aristocracia. La gentil sobrina de Pop Mc Wade, hoy señora de Carter, poseía esta admirable cualidad que poseen casi todas las mujeres

y que consiste en saber adaptarse inmediatamente al medio ambiente sin perder su personalidad. Su belleza, su simpatía, su delicadeza y sobre todo su gracia en hacer pujar las apuestas cautivó inmediatamente a aquellas damas del gran mundo que hasta entonces se habían resistido a aceptarla en su seno.

El intento de soborno que Jim Carter había hecho en la persona del inspector Harris había surtido efecto. El informe sobre el edificio del "Infierno" no pudo ser más favorable. Por él se eximía Jim del enorme contratiempo que para él hubiera representado tener que cerrar el "Infierno", para proceder a reedificarlo. Jim podía respirar tranquilo. Su carrera ascendente hacia el triunfo no conocería ya obstáculos de ninguna clase que no pudieran ser vencidos con la fuerza omnipotente del dinero. Y sin embargo...

Siendo el "Infierno" la atracción máxima del parque de atracciones, es lógico que fuera también la más concurrida. Una multitud enorme entraba y salía por la boca del dragón monstruoso, invadía las diferentes dependencias, se estrujaba en los pasillos y en las escaleras,

ávida de presenciar el sorprendente espectáculo de aquel infierno de guardarropía. Pop Mc Wade convertido en el Profesor Dante oficiaba como siempre de maestro de ceremonias y su voz pausada y dulce iba explicando a los asombrados visitantes el significado de todas aquellas cosas que veían sus ojos.

De pronto se oyó un ruido sordo, como el de un trueno lejano y se estremeció el edificio como si se iniciase un temblor de tierra: una escultura enorme que había en una de las grutas figurando el diablo, se inclinó y cayó con gran estrépito. Seguidamente empezaron a caer piedras en gran abundancia sobre los aterrorizados espectadores que al momento se dieron cuenta de lo que sucedía. ¡El "Infierno" se derrumbaba!

El pánico fué indescriptible. Mujeres y hombres corrían despavoridos, unos llevando en brazos a sus hijos, otros intentando locamente abrirse paso a golpes y codazos por entre aquella muralla humana que se agolpaba a la puerta de salida, caían los techos con gran estrépito sepultando a la gente y entonces el gran elemento destructor, el fuego, empezó su obra.

El pánico entre la gente que se hallaba en la parte de afuera del espectáculo no fué menos terrible. Muchos de los concurrentes a las otras atracciones tenían familiares y amigos dentro del "Infierno", en aquel momento trágico.

Jim y Betty no tuvieron más que un pensamiento. ¡Pop Mc Wade! El también estaba allí en aquel infierno que ahora en aquel espantoso instante resultaba más trágico y dantesco que nunca.

Jim, deshaciéndose de los brazos de su mujer que intentaba retenerlo, se precipitó en el interior del edificio. Era el único hombre que se abría paso entre la multitud enardecida y aterrorizada para entrar en aquel antro del que iba saliendo la gente despavorida, mientras el edificio entero iba hundiéndose con gran estrépito. Corrió, corrió por encima de los escombros entre vigas y piedras, llamando desesperadamente a aquel hombre tan bueno sobre cuya cabeza inocente recaía ahora la culpa de su ambición desmedida.

Logró sacarlo de entre los escombros tras ímprobos esfuerzos, le auscultó ávidamente: el corazón latía débilmente, tenía los ojos ce-

rrados y su rostro estaba transfigurado por una expresión de calma suprema.

Y en aquel momento, con el cuerpo inerte del apóstol entre sus brazos, Jim creyó vivir una eternidad de angustia indescriptible.

* * *

Afortunadamente el número de muertos no fué tan considerable como se temió en un principio, aunque sí el número de heridos. En cuanto a Mc Wade, sacado de aquel infierno en brazos de Jim, logró salvar su vida milagrosamente. Por lo visto, Dios no había querido llevarse a su seno a aquel hombre tan bueno y abnegado que bien merecía el descanso eterno. Quería tal vez retenerlo al lado de Jim para que fuese como la voz de su conciencia.

Jim estuvo velándole dos noches seguidas en la clínica en donde fué llevado el herido. Al amanecer del tercer día estaba tan rendido que se quedó dormido en un sillón con el rostro oculto entre sus manos. Mc Wade al despertar lo encontró en aquella actitud y no quiso despertarle.

No tardó en llegar su sobrina con ánimo de substituir a su marido al lado del enfermo y el anciano al verla entrar se llevó un dedo a los labios recomendándole silencio, al mismo tiempo que le señalaba con el dedo a su marido dormido en el sillón junto a su cama.

En el rostro de Betty se leían las huellas del sufrimiento. Habían sido cuarenta y ocho horas de prueba terrible. Primero la catástrofe, luego la visión del cuerpo inerte del venerable anciano, que había sido siempre como un padre para ella.

Betty había aprendido del anciano la noble virtud de la resignación. Dios había querido someterles a una prueba difícil y debían inclinarse ante los designios Divinos. Lo esencial era que McWade no muriese, y pronto los médicos que asistieron al herido les dieron la esperanza deseada. El anciano viviría; no tenía lesiones graves, y a menos de que sobreviniese una complicación dentro de pocos días estaría restablecido.

—Te he traído tu libro—musitó Betty junto al oído de su tío al mismo tiempo que depositaba un beso sobre su frente venerable.

En aquel momento despertó Jim,

se pasó la mano por los ojos y entonces su mujer acudió a él besándole amorosamente.

—Jim—dijo—, he venido a buscarte. Es ya hora de que te retires a descansar. No has dormido en cuarenta y ocho horas.

—Te equivocas, Betty, he dormido por espacio de dos horas y no tengo sueño. Ve tú sola. Yo me quedaré todavía un ratito. Tu sitio está al lado de Sonny.

Betty trató de resistirse enérgicamente, pero tuvo que ceder ante el propósito decidido de su marido de seguir al lado del enfermo. Salió al fin, y Jim y el anciano quedaron solos. Había llegado el momento temido por Jim, el momento de la verdad. Jim había leído en los ojos del anciano un mudo reproche. Tenía la conciencia de que el anciano *sabía*, que su clarividencia le había hecho ver claro en su conciencia atormentada. Bajó la cabeza, incapaz de resistir la mirada de aquellas pupilas azules y sus ojos se tropezaron con el libro que Betty había llevado al anciano. Aquel libro lo había visto muchas veces Jim en manos de McWade, aunque nunca había sentido la tentación de hojearlo. Era *La Divina Comedia*.

—Usted adora este libro—dijo, sonriendo tristemente.

—Sí, hijo mío—repuso McWade con voz serena y dulce—. Es la obra más grande que se ha escrito. Leyendo este libro se aprende a ser bueno. Describiendo el tormento de las almas que vivieron una vida de pecado, Dante nos enseña que nosotros podemos hacer de nuestra vida aquí en la tierra, un infierno o un paraíso.

Abrió el libro inmortal, que era una edición magnífica, ilustrada por Gustavo Doré; leyó las primeras palabras del canto primero:

“A la mitad del viaje de nuestra vida, me encontré en una selva oscura por haberme apartado del camino recto.”

Volvió la hoja, y apareció la lámina que describía a Dante perdido en la selva intentando retroceder, medroso y atormentado.

Siguió leyendo hasta llegar al encuentro de Dante con Virgilio, su penoso camino hacia la puerta del Infierno a través del cual el gran poeta lombardo había de guiar al Dante. En el dintel de la puerta de aquel antro se leía:

“Por mí se va a la ciudad del llanto, por mí se va al eterno dolor,

por mí se va hacia la raza condenada...”

Atravesaron el río de los muertos con la barca de Caronte.

“Los que mueren en la cólera de Dios acuden aquí de todos los países y se apresuran a atravesar el río, espoleados de tal suerte por la justicia divina que su temor se convierte en deseo. Por aquí no pasó nunca un alma pura”—les dijo el barquero.

Y entonces Dante y Virgilio descendieron allá abajo, al tenebroso mundo de los condenados a la pena eterna.

“Empezaron a dejarse oír voces plañideras. Entramos en un lugar que carecía de luz y que rugía como el mar tempestuoso cuando está combatido por vientos contrarios. La tromba infernal, que no se contiene nunca, envuelve en su torbellino a los espíritus, les hace dar vueltas continuamente y les agita, y cuando se encuentran ante la ruinosa valla que los encierra, allí son los gritos y los lamentos.”

Rápidamente, a medida que el anciano iba leyendo fragmentos del inmortal poema, pasaron por los ojos de Jim las visiones espantosas del infierno descrito por Dante tan

distinto de aquel torpe remedio que dos días antes se había derrumbado bajo el rayo de la cólera Divina.

Las almas de los que pecaron y no llegaron a alcanzar el perdón de Dios pasaban como sombras. Quejas, lamentos, rechinar de dientes, fuego que quema sin consumir, eternamente, ¡eternamente! Llanto y desolación, pozos profundos, rodeados de llamas... Descendieron a los círculos más profundos, los que más están alejados del cielo, los nueve círculos infernales en donde los suplicios van aumentando en intensidad a medida que aquéllos se estrechan. El de los lujuriosos, el de los glotones, cuya pena consiste en estar metidos en el fango eternamente, atormentados al mismo tiempo por una fortísima lluvia mezclada de granizo; el de los pródigos y de los avaros, condenados a chocar unos contra otros eternamente; el de los irascibles, el de los herejes metidos en sepulcros de fuego; el de los violentos sumergidos en un río de sangre; el de los suicidas, apriados entre árboles y malezas... Todas, todas las almas de los que en vida fueron presa fácil de los

siete pecados capitales y que no pudieron o no quisieron arrepentirse, los que negaron a Dios o hicieron escarnio de su Santo Nombre, los que odiaron y se envilecieron, los que robaron, los que se prostituyeron, los que se dejaron arrastrar por la ira y por la soberbia, por la ambición y por todos los bajos apetitos de la carne... Los calumniadores y perjuros, los blasfemos y lascivos, los asesinos, los falsarios... ¡Lluvia de fuego y de pez hirviendo, negruras de abismo, humo y tinieblas, demonios armados de harpones hundiéndolos en las carnes de los pecadores... ¡Castigo eterno!

Terminó la visión dantesca. Jim se cubrió el rostro con las manos. Sentía una angustia infinita, un miedo casi pueril, como si estuviera viendo una pesadilla horrible...

En aquel momento se oyó la voz de un chiquillo que voceaba el periódico de la mañana.

—¡El suicidio del inspector Harris! ¡Sensacionales revelaciones antes de su muerte! ¡Jim Carter procesado!

EL JUICIO

La vista de la causa no tardó en celebrarse. Al parecer, el inspector Harris, antes de suicidarse, había dejado escrita una carta en la que afirmaba haberse dejado sobornar por Jim Carter, dando un falso informe sobre el estado verdadero del edificio. Jim Carter, el eterno vencedor, el hombre que en cinco años había logrado hacer una fortuna sin detenerse ante escrúpulos de ninguna clase, iba a enfrentarse por primera vez con la justicia de los hombres. El antiguo fogonero había ascendido mucho, y por eso su responsabilidad ante el mundo era también mucho más grande.

El abogado acusador empezó el interrogatorio. Jim, pálido, demacrado por aquellos días de mortal incertidumbre, pero sereno, se aprestó a resistir el interrogatorio. Era un hombre de presa y no estaba dispuesto a dejarse vencer fácilmente. Había adoptado el partido de negar y seguía negando. Su serenidad y aplomo iban a medirse

con la astucia del representante de la justicia acusadora.

—En su confesión escrita, Harris asegura haber estado en su casa el día 12 de agosto. ¿Es eso cierto?—inquirió el abogado defensor.

Se oyó la voz firme de Jim, que contestaba serenamente:

—No; no es cierto.

—Y usted le amenazó con la pérdida del empleo si informaba acerca del mal estado del "Infierno".

—No es verdad—siguió negando Jim.

—¿Tampoco es cierto, entonces, que le ofreció usted una cantidad de dinero a cambio de su silencio?

—No; no es cierto.

—¿Conocía usted a Harris íntimamente?

—No.

—¿No fué usted quien le proporcionó el empleo que disfrutaba y consolidó su posición?

—Sí.

—Conteste otra vez. ¿Es o no cierto que la noche del 12 de agosto

to recibió usted en su casa al inspector Harris?

—He dicho que no es cierto.

—Está bien; puede usted retirarse.

Jim obedeció, se levantó y fué a ocupar su sitio al lado de su defensor. Estaba pálido como un muerto, pero se mantenía sereno.

—Deseo interrogar a la esposa del inculcado — pidió entonces el acusador, dirigiéndose al presidente de la Sala.

Al oír aquellas palabras se levantó el defensor de Jim y dirigiéndose también al presidente objetó:

—Debo objetar que antes de ser sometida al interrogatorio, la señora Carter debería ser puesta al corriente de la ley que la exime de declarar contra su marido si así lo desea.

Se volvió hacia la esposa de Carter, que asistía a la vista.

—Puede usted negarse al interrogatorio—advirtió.

Betty Carter se levantó. Su rostro parecía el de una dolorosa. Los ojos tristes, las mejillas hundidas, pálida y temblorosa. Tuvo, no obstante, valor suficiente para avanzar hacia la barra y decir con voz firme:

—Declararé.

Pasó junto a su marido sin mirarle, se sentó en la silla de los testigos y esperó el interrogatorio.

—¿Jura usted ante Dios decir la verdad y nada más que la verdad?

—Lo juro—pronunció Betty.

—¿Es usted la esposa de James Carter?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted la noche del 12 de agosto?

—En mi casa.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

—¿Tan segura está usted de eso? ¿No podría haberse equivocado?

—No.

—¿Por qué se acuerda usted tan particularmente de ese día?

—Me acuerdo porque era el día del sexto aniversario de mi boda.

—¿Qué hicieron ustedes aquella velada?

—La pasamos en casa celebrando en la intimidad del hogar la solemnidad del día.

—¿Ningún otro detalle?

—Sí. La servidumbre había salido. Era su día de asueto.

—¿Se separó usted en algún momento del señor Carter durante aquella noche?

—No.

—¿Está usted segura?

—Segurísima.

Hubo una corta pausa. La atención del público estaba concentrada enteramente en aquella mujercita rubia y frágil, que contestaba tan firmemente las preguntas que le hacían.

Había llegado el momento de la pregunta definitiva.

—¿Había alguien más en la casa? ¿Recibieron ustedes alguna visita?

—No.

—¿Ni siquiera la del inspector Harris?

Betty Carter se estremeció casi imperceptiblemente.

—No—contestó con voz firme.

—¿Su presencia no habría podido pasarle inadvertida.

—No—fué la respuesta.

La declaración de su mujer salvó a Jim. El veredicto fué absoluto. Media hora después salía libre. Le faltó tiempo para encaminarse a su casa inmediatamente. Sentía un mundo de remordimientos, pero esperaba encontrar junto a su mujer el remanso de paz necesario para ayudarle a olvidarlo todo.

—¡Betty!—le dijo, corriendo a

su encuentro e intentando abrazarla—. ¡Betty, amor mío! Tu declaración me ha salvado.

Se sorprendió al ver que su mujer le rechazaba fríamente.

—Sí, he sido una perjura, he jurado el nombre de Dios en falso... pero no lo he hecho por ti, sino para salvar a mi hijo. He dejado que cayese sobre la memoria del infeliz Harris el estigma de una mentira... A él ya no puede perjudicarle; está más allá de todo eso; pero tú... ¡tú!... Jim, has ganado la partida, pero yo lo he perdido todo. ¡No importa! Me he sacrificado por mi hijo, para evitarle la vergüenza de que su padre tuviera que ir a la cárcel. Por eso no permitiré tampoco que puedas llegar a perjudicarle con tu presencia. Me voy con él ahora mismo: no intentes detenerme porque todo sería inútil. Tú y yo pertenecemos a mundos distintos. ¡Quédate tú con tu ambición, con tu insaciable afán de dinero: yo me quedo con mi hijo!...

—¡Betty! —gritó más que dijo Jim, con un grito salido del fondo de su alma—. Tú no puedes abandonarme de esta manera. ¡Betty! Eres terriblemente injusta conmigo. Quieres condenarme a un castigo

cien veces superior a mi culpa. ¿No comprendes que si hice todo lo que hice fué pensando en ti y en Sonny? Todo mi afán de dinero y de poderío era para vosotros, para que tú y Sonny pudierais tener de todo lo que yo carecí siendo niño. Todo me parecía poco para vosotros. ¡Betty! ¡Ten piedad! ¡No te separes de mí ahora! ¡No me separes de mi hijo!

Pero esta vez la amada permaneció inflexible. Sus ojos dulces no se posaron sobre su rostro, ni una lágrima de piedad se desprendió de ellos. Parecía haberse vuelto sorda a la voz querida, a la voz de aquel hombre a quien tanto había amado siempre.

—Quisiste comprarlo todo y te olvidaste de que hay una cosa que no puede adquirirse con dinero: la felicidad.

—Nunca pretendí comprarla. Betty, me la diste tú al casarte conmigo: y puesto que tú me la diste no es justo que tú me la quites. No sé lo que será ahora de mí, Betty, pero sea cual sea el camino que emprenda, no seré yo el único responsable.

—Todo ha terminado entre nosotros, Jim, por lo tanto sólo *tú eres*

el único responsable de tus actos. Si yo hubiese sabido que tú habías sobornado a Harris aquella noche, aquella misma noche te habría abandonado.

—Está bien, Betty; acepto tu fallo, pero ten en cuenta que mi culpa no es mayor ni menor que la de tantos otros hombres de negocios que siguen llevando un apellido honorable. Hombres a quienes tú no vacilarías en estrechar la mano. Betty, te deseo lejos de mí toda la felicidad que yo tal vez no acerté a darte, pero acuérdate de que hice todo lo que hice por ti y por mi hijo.

Salió del cuarto sin añadir una palabra, y su mujer le vio marchar sin intentar detenerlo. Era cierto, terriblemente cierto; todo había terminado entre ellos. ¿Podría llegar a pensar alguna vez en aquel hombre como en un extraño?—se dijo la mujer, angustiada—. Y allá en el fondo de su corazón una voz le dijo que no, ¡que no! Que Jim, a pesar de todo, seguiría siendo siempre su marido, el único hombre de su vida.

Jim se encaminó al piso superior con ánimo de despedirse de su hijo. Todas sus culpas pasadas las estaba

expiando en aquel instante doloroso. El castigo que su mujer había decidido imponerle rebasaba todos los límites imaginables. ¡Era su mundo, todo su mundo, el que se le iba!

Sonny había empezado a descender la escalera. Al ver subir a su padre corrió hacia él precipitándose en sus brazos.

—¡Papaíto, papaíto, qué alegría! Mamá me había dicho que no vendrías. Nos vamos de viaje, pero tú vendrás con nosotros, ¿verdad?

El padre le acarició dulcemente.

—Sonny — dijo con voz grave,

haciendo un esfuerzo para contenerse y no estallar en sollozos—. Papá no podrá acompañarte esta vez. Tiene mucho trabajo y no puede abandonarlo. Tú te irás con mamá por una larga temporada. Sé bueno con ella, Sonny, muy bueno... y acuérdate de tu papaíto algunas veces.

No pudo más. Su voz se quebró en un sollozo; apretó a su hijo apasionadamente contra su corazón y empezó a llorar desesperadamente. Era la primera vez que lloraba desde que se había hecho hombre.

DESPECHO

Ahora, ya nada ni nadie podría detener a Jim en su loca carrera. Los únicos seres que habrían podido lograr despertar él la conciencia del bien y del mal le habían abandonado tal vez para siempre, dejándolo solo. Estaba abandonado a su rencor, a su odio y a su desesperación infinita. ¡No, ya no podía

sentir remordimientos! En su corazón sólo alentaba ahora el espíritu de rebeldía. Había sido tratado duramente por el único ser por el cual habría podido sacrificar su ambición de hombre de presa. Le había eliminado de su vida apartándolo a un lado bruscamente, al vencerse de que no era el hombre

perfecto que tal vez había soñado. Y esto, Jim, no podía comprenderlo...

El vapor que había adquirido para convertirlo en un palacio flotante y que había bautizado irónicamente con el nombre de Paraíso, estaba listo y presto para zarpar en cualquier momento. Era un magnífico trasatlántico, verdadero palacio flotante, nave del placer, destinado a albergar en su seno los siete pecados capitales. Jim, cegado por el dolor y la rabia, no veía que insensiblemente se iba precipitando al más oscuro de aquellos nueve círculos infernales descritos por Dante en su obra. Y es que su vida, lejos de su mujer y de su adorado Sonny, era ya el peor de los infiernos.

Muchos días antes de que el buque zarpase en su primer viaje de placer, estaban tomados todos los pasajes. Jim quedaba compensado con creces de la bancarrota sufrida con el derrumbamiento del Infierno. La cólera de Dios había querido destruirlo: ¡pues bien!, él se apresuraba a construir un nuevo infierno desafiando la cólera Divina.

El día antes de la partida, Jim se hallaba inspeccionando el cuarto

de máquinas. El vapor había sido convertido en una moto-nave, y su nuevo propietario se lo mostraba orgulosamente a su visitante, entre otras razones porque tenía un gran interés en deslumbrarle y hacerle un empréstito de unos cuantos miles de dólares. Jim había invertido todo su dinero en aquella empresa y no tenía ni un cuarto para seguir adelante. En lo sucesivo, del mayor o menor éxito que tuviese con el barco dependía su reacción y su definitivo hundimiento.

Uno de los oficiales vino a advertirle que el capitán deseaba hablarle. Jim se apresuró a subir a cubierta y el capitán le mostró entonces un periódico en el que se daba la noticia de haber estallado una huelga entre la gente de mar, impidiendo la salida de los barcos.

—Esto representa un serio contratiempo para nosotros, señor Carter. Imposible encontrar una buena tripulación en veinticuatro horas.

Jim le miró fijamente. Su mirada expresaba una dureza inflexible.

—Arrégleselas como pueda, pero no me diga que el barco no puede salir mañana.

—Sólo podremos procurarnos los servicios de unos cuantos cargado-

res del muelle indisciplinados. Salir con una tripulación como ésta resulta una locura.

Jim se encogió de hombros. Si no hubiese estado tan ciego en aquel momento se le habría aparecido la imagen de Harris con la sién atravesada por un balazo.

—No importa. Procúrese usted la tripulación que sea con tal de que no se retrase la salida.

El capitán se mordió los labios.

—Está bien—replicó—. Saldremos mañana, pero no respondo de nada.

En aquel mismo momento, lejos de allí, en el rincón olvidado donde Betty había ido a buscar la paz deseada, ella y su tío estaban hablando de Jim Carter.

—Betty—le decía el buen anciano con su voz calmada y dulce de siempre—. Jim insiste todavía en hablar contigo. ¿Por qué te has negado tan obstinadamente a recibirle?

Betty sonrió tristemente.

—Jim y yo no tenemos ya nada que decirnos. Todo ha terminado entre nosotros, tío. Un día de esos voy a pedir el divorcio.

—¡Betty!—reprochó Pop, suavemente—. ¿Has meditado bien lo

que haces? Jim no es el hombre que te has obstinado en ver últimamente. Posee un sin fin de buenas cualidades. Tal vez si no le hubieses abandonado habrías logrado hacer de él otro hombre.

—Es inútil, tío. ¿Acaso no te has enterado de que un día de esos inaugura su *palacio flotante*, como él le llama? Una hazaña más entre las muchas que sin duda piensa seguir realizando. Nada puede ya detenerle, lo sé, y por eso quiero que haga solo su camino. Para él todos los medios son legales con tal de llegar a la realización de sus fines. Es por eso que quiero que haga solo su camino. Si tiene que cambiar, que sea por su propio impulso sin la ayuda de nadie: sólo entonces creería en su arrepentimiento.

El capitán del barco cumplió su palabra. Al día siguiente, a las ocho de la noche, El Paraíso, abarrotado de pasaje y con una tripulación improvisada en veinticuatro horas entre "esquirolas" y cargadores del muelle, estaba esperando la orden de zarpar.

La ruta era un viaje a Honolulu. En realidad, un pretexto para que unos cientos de desocupados pertenecientes a esta clase relajada de la

sociedad que no concibe la vida sino como una bacanal perpetua pudieran agotar hasta la saciedad sus ansias desaforadas de placer. Mujeres livianas, hombres que no conocían otras leyes que las de sus apetitos, viejos libidinosos, "gigolos", estrellas de cabaret, rastacueros, ladrones de guante blanco, millonarios aburridos, cocottes de postín, jugadores profesionales, toda la fauna y la flor de esta sociedad corrompida, se había dado cita en aquel barco. El Paraíso—en realidad una casa de juego disfrazada—contaba con todas aquellas gentes para llenar las arcas exhaustas de Jim Carter, compensándole con creces de la pérdida del Infierno. ¿Qué importaba el procedimiento? La conciencia adormecida de Jim Carter no hacía distinciones de ninguna clase.

Mientras él se disponía a zarpar en el barco, tal vez con la vana esperanza de hallar el olvido deseado, Betty estaba pasando unos momentos de angustia indecible. Sonny, su pequeño y adorado Sonny, había sido raptado misteriosamente. Avisada la policía, se había puesto inmediatamente en su búsqueda.

—Deberías avisar a tu marido

—propuso McWade a su sobrina—. No sería justo que le tuvieses en la ignorancia de lo sucedido.

—Sí — aceptó Betty, llorando amargamente—, le pondré un cable inmediatamente. Aunque poco o nada podrá hacer en este asunto. A estas horas debe estar a punto de embarcar en el Paraíso si no ha embarcado ya. ¿Qué será de nosotros, tío, si no llegamos a encontrarle? Jim adora a su hijo...

Se detuvo, sorprendida de sus propias palabras. En aquel momento de angustia acababa de olvidarse de todo, hasta de que ella y su marido "habían emprendido caminos distintos". ¡Qué estériles resultaban sus razonamientos en aquel instante! ¿Cómo podían ella y Jim Carter emprender caminos distintos si estaban unidos para siempre, irremisiblemente, por un lazo que los hombres no podrían desatar nunca? El amor al hijo les uniría siempre: ella, él y Sonny eran como tres eslabones de una cadena que no podía romperse. El niño era carne de su carne, pero también corría por sus venas la misma sangre ardiente y roja de aquel hombre de presa, tan amado a pesar de todo.

El anciano sonrió. Había captado

todo el significado de las palabras de su sobrina. Si el niño era rescatado de manos de sus raptadores como era de esperar que así sucediese, tal vez Jim y Betty volverían a unirse. "Todo se ha perdido menos el

amor", se dijo para sí, y levantándose y mirando a su sobrina con una expresión indefinible, le dijo, suavemente:

—Harás bien, Betty. Jim es su padre a pesar de todo.

LA NAVE DE SATAN

El Paraíso había zarpado a la hora exacta designada para la salida. Inmediatamente empezó la bacanal que había de durar toda la travesía. Corrió el champagne, y los primeros borrachos hicieron su aparición para dar la nota cómica.

Se arrastraban de un extremo a otro de cubierta, farfullando palabras ininteligibles, abrazándose *fraternalmente* llorando o riendo, según el vino les hubiera dado triste o alegre. Los hombres que habían emprendido el viaje sin pareja no tardaron en encontrarla. En aquel barco no se lamentaba la "soledad de dos en compañía" de que habló el poeta. El principal aliciente del viaje estribaba precisamente en aquella "soledad de dos en compa-

ñía". Un hombre solo, o una mujer sola no habrían podido subsistir en aquel ambiente.

Una hora después de haber abandonado el puerto, los dos únicos hombres del pasaje que permanecían serenos y no habían encontrado su pareja, eran Jim Carter y Jonesy, su inseparable amigo, que le acompañaba en aquel crucero a Honolulu. Tres horas después seguían manteniéndose serenos, pero ya la general borrachera del barco se iba extendiendo como una mancha de aceite contaminando a la tripulación del buque.

Una mano misteriosa había hecho descender al cuarto de máquinas tres o cuatro cajones de champagne y vinos de todas clases. ¿Acaso no

se divertían los de arriba? ¿Por qué motivo, pues, los de abajo no podían hacer otro tanto? ¿Por qué habrían de disfrutar de un trato diferente? El buque había sido bautizado con el sugestivo nombre de "Paraíso". Pues bien; Paraíso para todos, los pobres y ricos. Aquella turba de parásitos que constituía el pasaje, no tenía en verdad nada que reprochar, ni nada que envidiarle, a la chusma reclutada para tripulación del buque.

Estos últimos recibieron el regalo de los cajones de vino con grandes manifestaciones de entusiasmo. Era como un maná caído del cielo, un maná que convertiría el cuarto de máquinas en una prolongación de la bacanal de arriba.

—Apenas hace tres horas que navegamos y el pasaje está ya todo borracho—deploró uno de los oficiales, informando al capitán del buque.

—¿Y la tripulación?

—Lo peor de lo peor. Dios quiera que no tengamos que lamentar algún accidente.

—Si ocurre algo, Jim Carter será el único responsable por habernos hecho zarpar en estas condiciones

deplorables — sentenció el capitán del buque.

En aquel momento, precisamente, los maquinistas habían empezado a emborracharse. Las palabras del oficial iban a convertirse en profecía.

Y en aquel momento, también, Jim Carter, el dueño y señor de aquel palacio flotante, recibía el cablegrama de su mujer en el que le participaba el rapto de su hijo.

—*Sonny desaparecido. Temor haya sido raptado. Policía en su busca. Seguiré mandando noticias.*

Jim Carter se hallaba en aquel momento en el comedor del hotel convertido en festín de Baltasar. Nadie, excepto él, los camareros que servían, la pareja de bailarines que sobre la pista encerada tejían sus danzas y los músicos, se hallaba sereno. La fiesta había llegado a su apogeo y los taponazos de champagne se confundían con las melodías de la orquesta de Jazz. Era una apoteosis de placer, digna de Sardanópolis.

La lectura del cable le hizo saltar de su asiento. ¿Raptado Sonny, su Sonny, el ser que más quería en

el mundo? ¿Qué habría sido de él? ¿A dónde habría sido llevado?

Jim sintió por un momento que todo daba vueltas a su alrededor, como si estuviera borracho, y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. El golpe había sido certero. Acababa de ser herido en lo que más podía dolerle: en el amor de su hijo. Recordó entonces la sentencia divina: "Las faltas de los padres recaerán sobre los hijos".

Corrió desatinadamente de un lado a otro. Atravesó salones llenos de gente, pasillos y más pasillos... No veía nada, todo giraba en torno suyo como un torbellino; le zumbaban los oídos, sentía un dolor enorme, una desesperación infinita. Tu hijo ha sido raptado — se decía amargamente—y entretanto tú en este barco de placer rodeado de estas gentes extrañas a tu dolor de padre, que no pueden comprenderte, que no pueden compadecerte, que se reirían de ti si intentases explicarles tu tragedia.

Iba en busca de Jonesy. Siquiera él podría comprenderle. También él quería entrañablemente al pequeño y a su lado podría desahogar su angustia, dando rienda suelta a su

desesperación, seguro de que su pena sería compartida.

Y he aquí que al llegar junto a la puerta del camarote de su amigo un ruido extraño llegó a sus oídos. La suave melodía de una cajita de música. ¡Aquella cajita de música que él había regalado a Sonny en una fecha memorable!

Jim abrió violentamente la puerta. Sentado sobre la alfombra, y jugando despreocupadamente con su juguete favorito, aquel lindo "carroussel" regalo de su querido papáito, se hallaba Sonny.

Jim corrió hacia su hijo, lo levantó en brazos, empezó a besarlo frenéticamente, locamente, apretándolo contra su corazón, estrujándolo casi, sin que aquel frenesí amoroso tuviera la virtud de amedrentar al pequeño. Estaba acostumbrado a aquellos raptos de cariño de su padre, que a veces, llegaban a hacerle daño.

—¡Sonny, Sonny! — exclamó al fin—. ¿Quién te ha traído? ¿Quién te ha traído aquí?

—Papaíto—dijo el pequeño, devolviendo las caricias de su padre—, has echado a perder la sorpresa que queríamos darte. ¿Sabes? Jonesy me trajo aquí, diciendo

que te íbamos a dar una sorpresa. Mamaíta no sabe nada todavía. ¿Te disgusta que Jonesy me haya traído?

Por toda respuesta el padre le estrechó en sus brazos con más fuerza que nunca.

—Me disgusta que hayas venido sin permiso de mamaíta, pero estoy muy contento de tenerte aquí conmigo.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la figura oronda y satisfecha del autor del rapto, Jonesy en persona, quien, al ver a su amigo junto al pequeño se detuvo en la puerta a la expectativa.

—He pensado que te gustaría ver al niño—explicó—. Como parecías tan triste...

Se detuvo asustado al ver la expresión de ira que se pintaba en el rostro de Jim Carter.

—¿Es que acaso te disgusta?...—balbuceó, escamado.

—Este es el último sitio a donde habrías debido traer al pequeño, grandísimo idiota.

Jonesy bajó la cabeza.

—Yo... yo...—murmuró, apesadumbrado.

—Está bien—atajó Jim duramente—. Déjame ahora porque no

respondo de mí; ya te veré más tarde.

Salió el pobre Jonesy corrido y avergonzado y entonces Jim cogió el auricular del teléfono y dijo:

—Envíen inmediatamente un cable a la señora de Carter diciéndole que su hijo ha sido encontrado. Firmado, Jim.

Se volvió hacia su hijo, volvió a cogerlo en brazos. No podía creer en su felicidad: era demasiado grande.

—Ven conmigo—le dijo—, vamos a probarte mis pijamas.

El niño palmoteó de gozo.

—¿Me quedaré aquí contigo, verdad, papaíta? Aunque me vengan un poco grandes...—suplicó ingenuamente.

El padre le abrazó sonriendo.

—¿Me quieres mucho, Sonny?—murmuró. Toda la innata rudeza de aquel hombre se volvía ternura al lado de su hijo.

El niño se puso serio.

—Te he echado mucho de menos durante todo este tiempo—afirmó—. Quiero mucho a mamá y a tío Pop, pero contigo es distinto. Tú juegas conmigo siempre y en cambio mamaíta, como está muy triste no quiere jugar nunca.

Entretanto, en el comedor, seguía la fiesta. Los camareros se multiplicaban para atender las exigencias de los comensales. Las enormes existencias de bebidas se iban agotando rápidamente. A este paso, antes de llegar a Honolulu, la ley seca habría tenido que imponerse ferrozmente en el buque.

Un camarero que atendía una de las mesas acababa de echar alcohol en un recipiente. Encendió un fósforo, lo aplicó al líquido inflamable y éste se encendió en una llamarada.

Y en aquel preciso momento, uno de los ocupantes de la mesa, borracho como una cuba, extendió el brazo con ánimo sin duda de abrazar a su compañera, con tan mala fortuna, que dió un fuerte golpe al recipiente conteniendo el alcohol encendido.

En menos de un segundo el fuego había prendido en los lindos visillos de una de las vidrieras, en los manteles, en las servilletas...

Un grito de terror se escapó de la garganta de los allí reunidos. El fuego empezaba su obra destructora. Diez minutos después el comedor entero era una inmensa hoguera que iba propagándose rápidamente.

Cundió inmediatamente el pánico en todo el buque. De un extremo a otro de la inmensa nave sonaban los alaridos de horror de la gente, que empezó a correr de un lado a otro despavorida, chillando, apretujándose unos contra otros, blasfemando, lanzando ayes de terror, maldiciendo. Las mujeres se desmayaban y eran pisoteadas bárbaramente, y gracias a la ausencia total de niños en aquel barco de placer—a excepción hecha del hijo de Jim Carter—pudo evitarse el desgarrador espectáculo, tan corriente en estas circunstancias, de ver a los tiernos seres estrujados y asfixiados por aquella multitud loca y enardecida, que cegada por el instinto de conservación que late en el fondo de todos los seres humanos, aniquilaba todo obstáculo débil que intentase oponerse a su paso.

Revolver en mano la oficialidad del buque dispuso el salvamento.

—¡Las mujeres primero!—gritaban desaforadamente imponiéndose por la fuerza a los hombres que intentaban embarcarse en las barcas que descendían abarrotadas hacia el agua, para volcar algunas bajo el enorme peso.

Jim, que se hallaba jugando con

el pequeño, oyó la voz de alarma. Corrió hacia un armario y apoderándose de un salvavidas se lo puso al niño diciéndole, para tranquilizarle, que estaban haciendo un simulacro de incendio en el que todos debían tomar parte.

—¡Qué bien, qué bien!—palmetó el chiquillo transportado de gozo—. ¡Yo haré de bombero!

En aquel momento se abrió la puerta del camarote y apareció Jonesy. El amigo de Carter no se había dejado arrastrar por el pánico e ignorando si Jim se hallaba con el niño en aquel momento, se disponía a acudir en auxilio del hijo de su único amigo. Los tres se apresuraron a subir entonces a cubierta. La visión dantesca de las llamas invadiendo el buque, el humo denso que lo envolvía todo, los gritos desgarradores de los pasajeros, los ayes de dolor de los que, en su huida alocada habían caído al suelo siendo pisoteados por las enloquecidas gentes, habían convertido el paraíso en un verdadero infierno.

Allá abajo, en las máquinas, los hombres reclutados entre la chusma desocupada de los muelles, hombres sin conciencia de su responsabilidad, sin concepto del de-

ber, sin freno de ninguna clase, borrachos por añadidura, acuciados también por el pánico, se disponían a abandonar sus máquinas, precipitando así al buque a una catástrofe todavía más grande. Era preciso evitarlo, y por eso uno de los oficiales, consciente de su deber, había bajado a imponerse, revólver en mano, dispuesto a perder la vida antes que dejar que saliese de allí un solo hombre.

Su enérgica actitud logró tenerlos a raya durante unos segundos. Pronto, una de aquellas fieras, arrastrándose como una serpiente, llegó hasta el sitio donde, erguido y altanero, revólver en mano, les estaban haciendo frente el oficial y dióle un fuerte golpe con una llave inglesa. Cayó el oficial, y entonces se inició la desbandada. Subían los hombres como monos por las escaleras de hierro, bramando como fieras. Otro oficial que descendió al cuarto de máquinas corrió la misma suerte que su compañero. Aquellos hombres indisciplinados, brutales, borrachos, no conocían otra ley que la de salvar su propio pellejo.

Entretanto, allá arriba, a cubierta, Jim, haciendo un supremo es-

fuerzo, había logrado abrirse camino hasta el timón del buque. Había dejado a Sonny en brazos de Jonesy recomendándole que procurara ponerlo a salvo, se había despedido con un supremo abrazo de aquel pedazo de su carne, tan querido, al que tal vez sus ojos no volverían a ver. No importaba ahora: era necesario portarse como un hombre digno. Salvar el último jirón de honra que le quedaba todavía.

—¡Sálvalo, Jonesy, sálvalo!—suplicó con un grito salido del fondo de su alma—. Llévaselo a su madre si puedes, y dile que me perdone.

El capitán no había abandonado su puesto. A él corrió Jim y ambos convinieron que era preciso evitar que el fuego se propagase a estribor. A través del tubo acústico que comunicaba con el cuarto de máquinas se oyó la voz débil de uno de los oficiales heridos que había logrado reaccionar y les ponía al corriente de la deserción de los maquinistas.

—Yo voy allá — gritó Jim—. Vaya usted dándome órdenes y yo trataré de suplir a los hombres.

Descendió Carter. Por el camino tropezó con los maquinistas que

habían iniciado la desbandada, intentó detenerlos, pero sus esfuerzos fueron tan inútiles como los de los oficiales. ¿Qué podía un hombre solo contra aquel grupo de fieras enardecidas? Llegó a las máquinas, empezó a maniobrar febrilmente.

—¡Hallo! ¡Hallo! ¡Carter! —se oyó la voz del capitán dando órdenes a través del tubo acústico.

—Aquí Carter. Listo para actuar.

—¡Es necesario poner el barco rumbo a playa y hacerlo embarrancar! No estamos lejos de la playa y será la única manera de aminorar la catástrofe.

Y entonces empezó Jim su trabajo de cíclope. Un hombre solo contra todo aquel engranaje complicado que hacía mover el buque. Jim, herido en la frente por un golpe que le había inferido uno de los maquinistas en su huida, corrió de una máquina a otra, rabioso, desesperado, agarrándose febrilmente a las palancas, haciendo funcionar los aparatos todos de aquel mecanismo que no le era desconocido. Los viejos tiempos de fogonero y maquinista estaban todavía vivos en su recuerdo. La labor sería difícil, pero no imposible.

El calor hizo estallar un aparato y en seguida el agua, saliendo como una tromba cogió a Jim de pleno, le hizo caer al suelo, lo envolvió, lo cubrió, lo arrastró...

Empapado en agua, herido, medio asfixiado, deshecho, Jim tuvo todavía fuerzas para seguir atendiendo las órdenes del capitán que llegaban hasta él a través del tubo... Allá arriba, otro hombre heroico, despreciando el peligro, se disponía a morir en cumplimiento del deber, agarrado al timón, hasta el último instante.

Cedieron sus fuerzas: habían llegado al límite de sus posibilidades, a partir del cual empezaban a ser impotentes. Jim estaba vencido, no podía seguir resistiendo, no podía ya mover un solo dedo...

Arrastrándose casi llegó al tubo acústico, aplicó su boca y gritó, gritó con las fuerzas que le prestaba su desesperación inmensa:

—¡No puedo más, no puedo más! ¡Me ahogo!...

Antes de caer desvanecido tuvo el supremo consuelo de oír la voz del capitán que gritaba:

—¡Estamos salvados, Carter! ¡Ha logrado usted hacer virar el buque! ¡Vamos hacia la playa!

El esfuerzo heroico de aquellos dos hombres logró el milagro de evitar que la catástrofe del "Paraíso" tuviese proporciones trágicas. Embarrancado el barco, fué tarea relativamente fácil salvar el pasaje y sofocar el incendio, que, gracias a la hábil maniobra del capitán, no había conseguido propagarse por todo el buque.

Jim logró salvarse. Unas manos generosas fueron a buscarle a aquel infierno y lograron sacarle de allí medio asfixiado. Llevado en una camilla, apenas desembarcado, tuvo la alegría inmensa de saber que Sonny y Jonesy habían logrado también salvarse.

Y entonces, aquel hombre de acero lloró, lloró como un niño, y cerrando los ojos, tal vez para ver mejor en el interior de su alma atormentaba, deseó morir. ¡Su vida a cambio de las muchas que había sacrificado a su insensato afán de riqueza y poderío!

En aquel momento unas manos suaves se posaron sobre su frente, una voz querida murmuró su nombre. Jim abrió los ojos y vió el rostro de su mujer que se inclinaba sobre el suyo. Creyó soñar, pero

el contacto de aquellas manos le trajo la evidencia de su dicha.

—¡Betty! ¡Betty! —murmuró—. ¡Amor mío!

—¡Chist! —ordenó ella poniéndole un dedo sobre los labios—. A callar ahora. Sonny y Jonesy se han salvado también, ¿lo sabes?

Jim hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Entonces—siguió diciendo ella— a esperar que te pongas bueno y dar gracias a Dios por todo lo que ha querido concedernos.

—Betty —repuso Jim tras una corta pausa, apoderándose febrilmente de una de las manos de su esposa—. Jim Carter ha muerto, la prueba a que ha sido sometido fué demasiado dura para que pu-

diera resistirla. Ahora soy otro hombre. ¿No me crees? ¡Betty! Acabo de pasar por el infierno que yo mismo había creado... y era horrible, ¡horrible!

—¡Calla, calla! —murmuró su mujer con piedad—. Jim, tú eres mi Jim de siempre.

—Ahora no tengo nada que ofrecerte—susurró Jim con voz apagada—, nada, excepto mi amor, mi pobre amor...

—Esto es lo único que deseo—murmuró la mujer—. ¡Lo único que he deseado siempre, siempre!...

Y los labios queridos se posaron sobre su frente depositando en ella un beso de olvido y perdón.

FIN

Próximo número:

LA SENSACIONAL PRODUCCION NACIONAL

LA VERBENA DE LA PALOMA

por Raquel Rodrigo, Charito Leonís, Dolores Cortés,
Sélica Pérez Carpio, Miguel Lígero, Roberto Rey, etc.

De interés para nuestros suscriptores y lectores

EDICIONES BISTAGNE publicará en esta acreditada colección, en exclusiva, la novelización de la casi absoluta totalidad de las producciones nacionales, y adelantamos algunos títulos a cual más sugestivo:

La bien pagada

(publicada)

El último contrabandista

(publicada)

El niño de las monjas

(publicada)

Don Quintín el amargao

(publicada)

Nobleza baturra

(publicada)

Madre alegría

(publicada)

Rosario la cortijera

(publicada)

Es mi hombre

(publicada)

La hija del penal

(publicada)

Rataplán

(publicada)

La verbena de la paloma

Paloma de mis amores

El secreto de Ana María

Las tres rosas

Error judicial

La papirusa

La casa de la troya

Currito de la cruz

La mujer adúltera

El cura de aldea

La hija de Juan Simón

El ruiñón del convento

¡Abajo los hombres!

La farándula

Precio: UNA PESETA

Inmejorable presentación

¡EDICIONES BISTAGNE publica siempre lo mejor!

E. B.